

[DE JACOB.]

EN LOS LIBROS DE JACOB Y ADVERTENCIA SOBRE LA VIDA BIENAVENTURADA.

Desde el mismo título de estos libros se puede conocer que Ambrosio trata sobre la historia del patriarca Jacob y sobre asuntos relacionados con la vida bienaventurada: sin embargo, no son estos los únicos temas que aborda, y los trata de una manera singular que no estaría de más explicar aquí (Lib. II, cap. 1, num. 1). En efecto, antes de abordar ese argumento, consideró necesario transmitir a los neófitos los preceptos de las virtudes y abrirles el camino para que, con qué medios, adquirieran la perfección adecuada a la condición de vida que públicamente proclamaron en el bautismo.

Por lo tanto, con las primeras palabras del primer libro enseña que para obtener algún fruto de las enseñanzas con las que eran instruidos, es necesario tener un espíritu dócil, que corrija los tumultos de los movimientos perversos mediante el tratamiento de la razón recta: aunque, en efecto, no pueda arrancar de raíz todos esos movimientos, por muy grande que sea su virtud, sí puede podar las pasiones con la templanza, que Dios mandó observar al primer padre, así como después en la Ley: de aquí que todos nuestros deslices deban imputarse a aquella voluntad que podía obedecer los mandatos de la Ley y del Evangelio, no a la carne cuyos miembros usaba a su antojo, ya sea para la justicia o para la iniquidad: si el diablo se adjudica un siervo voluntario (Lib. I, cap. 3, num. 10), Cristo no elige sino a un soldado voluntario: y cada uno se hace siervo de aquel a quien ha adoptado como Señor. De esto pone claramente ante los ojos cuánta gloria y utilidad se obtiene del servicio de Cristo, de quien nunca dejamos de ser libertos, ya que nos redimió con el inmenso precio de su muerte, y al redimirnos, nos donó con dones que nadie podría desear mayores.

Afirma además que entre los beneficios divinos debe contarse la Ley antigua, ya que, añadida la gracia a lo que no era posible para esa misma ley, logró que siempre recurriéramos a la ayuda de aquel poderoso Salvador, sin el cual no es posible alcanzar la perfección de la santidad. Finalmente, exhorta a que nunca permitamos que se borre de nuestra memoria aquel supremo beneficio, por el cual, al haber muerto y resucitado con Cristo en el bautismo, nos fueron perdonados los pecados; para que nos unamos a la vida de gracia y vivamos en ella. De donde concluye que no debemos separarnos de él ni por adversidades ni por incomodidades, ya que en estas cosas se encuentra toda la felicidad de esta vida.

Así pues, después de que el santo Doctor dedicara seis capítulos de este primer libro a tales preceptos, en el séptimo, así como en el octavo, demuestra con argumentos generales que ninguna calamidad, ninguna miseria interrumpe la felicidad de la vida; en estas cosas, dice, somos probados, en estas está la vida bienaventurada, aunque esté inundada de muchos peligros (Ibid., cap. 7, num. 27). Sin embargo, niega que esto se encuentre en otro lugar que no sea en el hombre sabio, justo y perfecto, que ni se disminuye con las pérdidas, ni se quiebra con las adversidades (Ibid., num. 31); ya que establece su felicidad en la posesión del sumo bien, es decir, del mismo Dios. Sin embargo, no exige de aquel perfecto una apatheia estoica en las pérdidas, como en las enfermedades, en la muerte de los parientes, en la cautividad, sino una ecuanimidad de mente, que testifica que otros son enseñados por él mismo.

Establecido esto en general en el primer libro, en el segundo lo prueba con ejemplos de los más nobles hombres ilustres que florecieron bajo el antiguo pacto. Pero principalmente propone la vida del patriarca Jacob, en cuyas principales acciones muestra claramente cuánta

felicidad obtuvo incluso en las mayores calamidades. Y aunque a menudo adorna su discurso con exposiciones muy adecuadas para formar las costumbres, a veces también se desvía del argumento para adentrarse en el sentido místico. Finalmente, no duda en disertar bastante sobre el amor de los padres de Jacob hacia él, para que todos los padres entiendan de ahí cómo deben mostrar un amor y justicia igual hacia sus hijos. Toca algunos otros hechos del mismo patriarca, como los que ocurrieron al bendecir a los Patriarcas, pero muy brevemente; sin duda con la intención de tratarlos más extensamente en un propio tratado. Después de esto, con ejemplos de José y de algunos otros, dirige su estilo hacia el sacerdote Eleazar, y los siete hermanos Macabeos y su madre. Aquí, ciertamente, en los tres últimos capítulos de este libro, se lanza con todo el curso de su elocuencia para demostrar que la felicidad con la que aquellos nobilísimos mártires, nutridos en la ley, coronados por la gracia (Lib. II, cap. 11), se alegraban en los mismos suplicios, aunque fueran los más inhumanos, era suprema.

Y como se detiene más tiempo en el ejemplo de Jacob, sobre el cual discute en casi nueve capítulos del segundo libro, para demostrar que incluso en las mayores miserias la vida es bienaventurada: de aquí, sin duda, se inscribió el título de la obra *De Jacob y la vida bienaventurada*; y no por otra razón escribe en otro lugar que propuso en Jacob una singular paciencia de ánimo y de trabajos (Lib. de Joseph patriar., c. 1, num. 1). Pero cuando también predicó el celeberrimo combate de los ilustres Macabeos en los últimos tres capítulos, de aquí creemos que es por lo que el gran Casiodoro dijo: Pues también el santo Ambrosio, donde él mismo habla de la persona de José, menciona el segundo libro de los Macabeos como ejemplo, cuya mayor parte expuso con el dulcísimo licor de su elocuencia para demostrar la tolerancia (*De Instit. divin. litt.*, cap. 6). ¿Por qué este autor designó estos comentarios con el nombre de libros de los Patriarcas, ya ha sido declarado: pero, ¿quién podría poner en duda si en el testimonio citado no sería mejor sustituir José por Jacob? Ciertamente, parece que esto no se puede concluir erróneamente, ya que Jacob proporciona el argumento de la disertación a Ambrosio, y no es oscuro que alguna corrupción se haya deslizado en este lugar. Pues donde ahora se lee José, antes se leía Esdras. Sin embargo, aunque el Santo Prelado diserta sobre aquellos Macabeos después de haber mencionado a José, a quien enseña que encontró su felicidad incluso en la misma cárcel, este texto del Senador puede ser defendido. Pero aquella elocuencia ambrosiana con la que él notó que este lugar está suavemente impregnado, también brilla notablemente en otras partes de esta obra.

No hay controversia en que estos mismos libros están compuestos de sermones que había pronunciado a su pueblo; ya que, además de los modos oratorios de hablar que se pueden observar allí, él mismo indica expresamente que habla después de haber leído aquel Evangelio, en el que se dice: Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón: como leíste (Matth. VI, 21), dice, escuchaste hoy (Lib. II, cap. 5, n. 23). Sin embargo, es difícil definir cuántos sermones componen esos tratados: al menos se puede afirmar que fueron pronunciados al grupo de neófitos en las fiestas pascuales del año alrededor de 387, en el que pronunció los libros anteriores, como se puede confirmar más evidentemente del libro de José el patriarca.

Existe un escrito de Filón bajo este título: Que todo hombre bueno es libre; cuya materia ciertamente tiene no poca afinidad con estas lucubraciones de Ambrosio. Sin embargo, el Santo Doctor no tomó nada de allí, excepto cuando habla de Esaú. Allí, en efecto, parece haber contraído deliberadamente en las estrecheces de una página media todo lo que en ese libro es óptimo y excelente.

SAN AMBROSIO OBISPO DE MILÁN SOBRE JACOB Y LA VIDA
BIENAVENTURADA LIBROS DOS. (C)

LIBRO PRIMERO.

443. CAPÍTULO PRIMERO.

Que para la disciplina de las virtudes y la contención de las pasiones es necesario un discurso prudente y una mente atenta a la razón; y que aunque la razón no pueda extirpar completamente la concupiscencia, puede moderar incluso los movimientos más graves.

1. Es necesario para la disciplina un buen discurso para todos, lleno de prudencia; y la mente atenta a la razón precede a las virtudes, cohibe las pasiones. Pues la virtud es enseñable. Finalmente, se adquiere con estudio y aprendizaje, se pierde con la indiferencia. De lo contrario, si un buen discurso no fuera necesario para la corrección, nunca la Ley diría: No cometerás adulterio (Exod. XX, 14). Pero como el discurso desnudo es útil para advertir, pero débil para persuadir, por eso debe aplicarse la consideración de la razón recta; para que lo que el buen discurso haya prescrito, la razón tratada más plenamente lo persuada. No estamos constreñidos a obedecer por una necesidad servil, sino por una voluntad libre, ya sea que nos inclinemos hacia la virtud o hacia la culpa. Y por eso, o el afecto libre nos arrastra al error, o la voluntad nos retira, siguiendo la razón. La pasión más grave de la culpa es la concupiscencia, que la razón suaviza y reprime. Puede suavizarla, no puede erradicarla; ya que el alma, que es capaz de razón, no es dueña de sus pasiones, sino represora. Pues no puede ser que el que es propenso a la ira no se irrite: pero que se temple con razón, que contenga su indignación, que se abstenga de castigar; como también el Profeta nos enseña diciendo: Enójense, pero no pequen (Psal. IV, 5). Concedió lo que es de la naturaleza: negó lo que es de la culpa.

2. Toda templanza, por lo tanto, toma su origen de otras cosas, no de sí misma, y por eso es secundaria. Pues se toma de lo natural o de lo útil. Por lo tanto, o temple lo natural, o es defensora de la utilidad. Finalmente, no elimina la concupiscencia: pero hace que no sirvamos a la concupiscencia. ¿Quién es tan grande que pueda eliminar el movimiento corporal, sino solo aquel que pudo decir de la higuera infructuosa, es decir, la malicia de los judíos: He aquí, hace tres años que vengo buscando fruto en esta higuera, y no lo hallo: córtala, pues. A lo que respondió el siervo: Déjala este año, hasta que cave alrededor de ella, y le ponga estiércol; y si da fruto, bien; y si no, la cortarás en el futuro (Luc. XIII, 7 y ss.). Con razón lo refirió al Señor, porque no podía reclamar para sí mismo el poder de cortar la caída temporal: sino que lo reservaba al Señor.

3. Finalmente, ¿a quién de los hombres tomaremos como mejor y más fuerte que al santo David, quien no pudo quitarse la concupiscencia con la que deseó el agua del pozo de Belén, bloqueada por el ejército enemigo, pero pudo mitigarla? Pues aunque no encontramos que faltara a otros, es decir, a un número tan grande de ejército, ciertamente no pudo faltar mucho menos al rey agua de otras fuentes; sufriendo una concupiscencia irracional, deseó aquella que estaba rodeada por la multitud de enemigos, de donde no podría haberse traído sin el mayor peligro. Así que dijo: ¿Quién me dará de beber del pozo que está en Belén junto a la puerta (II Reg. XXIII, 15)? Y cuando se encontraron tres hombres que cortaron el campamento enemigo y trajeron el agua que había deseado con tanto deseo, reconociendo que esa misma agua le había costado el peligro ajeno, la derramó al Señor (Ibid.), para no parecer que bebía la sangre de aquellos que la habían traído. Lo cual es indicio de que la concupiscencia precede a la razón, pero la razón resiste a la concupiscencia. David, por lo tanto, sufrió lo humano, al desear irracionalmente: pero eso es loable, que irracionalmente frustró su concupiscencia con un remedio preparado. Mientras alabo a los hombres que no se

avergonzaron del deseo de su rey, y prefirieron traer el fin de su vergüenza incluso con el peligro de su propia seguridad: más alabo a aquel que se avergonzó del peligro ajeno en su deseo, y comparó el agua adquirida a precio de incierta suerte con la sangre: al mismo tiempo, como si hubiera reprimido victoriosamente su concupiscencia, derramó el agua al Señor; para mostrar que extinguía su concupiscencia con la consolación de la palabra.

4. Por lo tanto, la mente sobria puede refrenar y reprimir las impresiones, aunque sean de pasiones graves, y enfriar todo el fervor de la concupiscencia ardiente, desviar los movimientos a otro lado, y con el tratamiento de la razón recta despreciar las pasiones. Pues cuando Dios creó al hombre, y en él plantó las costumbres y los sentidos, entonces impuso a sus movimientos el imperio real de la mente; para que todos los sentidos y movimientos del hombre fueran gobernados por su vigor y poder. Añadió a la gracia de la criatura, para que informara la misma mente con preceptos divinos, y la instruyera en las disciplinas de la sabiduría, con las cuales pudiera prever lo que debe evitar, y conocer lo que debe elegir. La mente, por lo tanto, manteniendo la disciplina de la sabiduría con razón recta, para conocer lo divino y lo humano, se instruye en la Ley por la cual aprende qué pasiones debe someterse.

CAPÍTULO II.

La templanza modera las pasiones tanto del alma como del cuerpo: cuyos efectos se demuestran con ejemplos de los patriarcas, y luego, encomendada la dignidad de la razón, el Santo muestra que la misma templanza está asegurada por el precepto divino:

5. Las pasiones tienen como líderes naturales el placer y el dolor, a las que siguen las demás. Pues ellas abarcan todas, de las cuales cada una no solo son pasiones del cuerpo, sino también del alma. Y porque dijimos que otras pasiones están sujetas a estas, antes del placer está la concupiscencia, después del placer está la gratulación: antes del dolor está el temor, después del dolor está la tristeza. La conmoción del alma es una pasión común tanto del placer como del dolor. Pasaré por alto otras, es decir, la soberbia, la avaricia, la ambición, la contienda, la envidia, que son pasiones del alma: pasaré también por alto la insaciable lujuria de comer, la efusión de la lujuria y la lascivia, que son vicios ligados al cuerpo, y operan según él. Con razón, la templanza extingue al máximo el ardor de estas pasiones, que primero temple el alma con sobriedad y moderación, informa la mente; luego también restringe las riendas de la ferocidad corporal con la abstinencia de los placeres. Por eso la Ley recorta la licencia de los alimentos (Levit. XI, 4 y ss.), las abundancias de los banquetes, no solo para recortar la lujuria: sino también para que, con la contemplación del precepto que prohíbe, abriera el camino al tratamiento de la razón, que recortara los incentivos de la gula y las demás concupiscencias, cohibiera las pasiones corporales y los movimientos. La templanza es, por lo tanto, la precursora de la corrección, la maestra de la disciplina.

6. De esta partió el santo Jacob, y obtuvo la primacía de su hermano que no tenía (Gen. XXV, 33); y con el consentimiento de él enseñó que los intemperantes se desprecian a sí mismos con su propio juicio. De esta partió José, y dominó el calor de la juventud, y tentado por las seducciones adulterinas, fortaleció su ánimo con la inducción de la razón recta. Finalmente, aunque era fuerte y valiente, prefirió sostenerse con el tratamiento de la razón diciendo a la esposa de su señor: Si mi señor no sabe nada en su casa, y todo lo que tiene lo ha puesto en mis manos, y no se me ha sustraído nada excepto tú, que eres su esposa: ¿y cómo haré este mal, y pecaré ante Dios (Gen. XXIX, 8 y 9)? Esta es, por lo tanto, la tratativa de la razón recta que los griegos llaman λογισμὸν, con la cual la mente atenta a la sabiduría se fortalece. Pues es una buena razón, que no debería ser ingrato con los beneficios de su señor, ni podría ser oculto el pecado que, con Dios como testigo, cometería, a quien no podría ocultarse.

7. Buena, por lo tanto, es la razón, que a menudo despoja el afecto hostil, y aparta el dolor de la injuria. Finalmente, también en la batalla a menudo mitiga al vencedor, y retarda la espada del que va a herir, y salva al que suplica de la muerte; porque la razón justa persuade a perdonar a los sometidos. Pues, ¿quién es mejor maestro para excluir o mitigar el dolor de la injuria que el patriarca Jacob, quien reprendiendo a sus propios hijos Simeón y Leví dijo: Me habéis hecho odioso, de modo que parezco cruel (Gen. XXXIV, 30). Y ciertamente habían vengado la injuria de su hermana, que había sido violada contra las costumbres patrias con su pudor violado; y Jacob, preceptor de la disciplina, guardián del pudor, no pudo aprobar el estupro cometido: pero prefirió que los insolentes fueran cohibidos por la razón, sabiendo que la indignación podía ser templada por la razón.

8. La templanza es, por lo tanto, la que recorta las concupiscencias. Esta fue mandada por Dios a los primeros hombres diciendo: Del fruto del árbol que está en medio del paraíso no comeréis, ni lo tocaréis, para que no muráis (Gen., II, 17). Y porque no fue retenida, por eso los transgresores de la virtud egregia fueron hechos exiliados del paraíso, y desposeídos de la inmortalidad. Esta la enseña la Ley, y la infunde en los afectos de todos (Exod. XX, 4, y en otros lugares).

447 CAPÍTULO III.

Que la templanza, la sabiduría y la disciplina son enseñadas por el Señor; lo que sigue es una exhortación al estudio: también que nuestra culpa debe atribuirse solo a nuestra voluntad, con la cual servimos al pecado o a la justicia; y finalmente, ¿cuál servidumbre parece preferible a cuál?

9. Que el Señor enseña tanto la templanza, como la sabiduría y la disciplina, lo testifica la Escritura. De la templanza en la Ley (Exod. XX, 4, y en otros lugares): de las demás en el libro de Job, en el que está escrito: ¿No es el Señor quien enseña el entendimiento y la disciplina (Job XXXIII, 16)? Y en el Evangelio el mismo Señor dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Matth. XI, 29). Y en otro lugar dice a los discípulos: Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Matth. XXVIII, 19). ¿De dónde se dice que son discípulos? ¿O qué otra cosa aprendían de Cristo sino los preceptos de operar las virtudes? Finalmente, David dice: Venid, hijos, escuchadme, os enseñaré el temor del Señor (Psal. CX, 10). Ciertamente, el temor de Dios es del número de las virtudes; porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor, por el cual se adquiere la forma de la doctrina piadosa, de la cual Pablo dice: Pero gracias a Dios que fuisteis siervos del pecado, pero obedecisteis de corazón a aquella forma de doctrina en la que fuisteis entregados: liberados del pecado, fuisteis hechos siervos de la justicia (Rom. VI, 17 y 18). La doctrina, por lo tanto, hace que podamos llegar a la justicia. Podemos, por lo tanto, adquirir justicia aprendiendo. Apliquémonos, por lo tanto, al estudio en la forma de la doctrina evangélica. A menudo, el mínimo estudio se considera como el máximo. Pues en el estudio está todo, por el cual se aplica la obediencia, que en cualquier parte que se incline, o añade culpa, o gracia. Esta nos arrastró a la muerte en el primer Adán, esta nos llamó a la vida en el segundo Adán.

10. No hay razón para atribuir nuestra desgracia a nadie más que a nuestra propia voluntad. Nadie es culpable a menos que se desvíe por su propia voluntad. No hay crimen en lo que se impone a los que se resisten: solo los actos voluntarios llevan la culpa de los delitos que atribuimos a otros. Cristo elige a un soldado voluntario, el diablo subasta a un siervo

voluntario. Nadie está atado al yugo de la servidumbre a menos que primero se haya vendido a sí mismo al diablo por sus pecados. ¿Por qué acusamos a la carne como si fuera débil? Nuestros miembros son armas de iniquidad y armas de justicia. Viste a un pobre siendo agraviado, lo protegiste; tus miembros son armas de piedad con las que defendiste al pobre de la injusticia. Viste a un necesitado, le diste regalos, con tu mano derecha alejaste la muerte de tu corazón. Viste a alguien llevado a la muerte, lo rescataste, porque está escrito: "Rescata a los que son llevados a la muerte" (Prov. XXIV, 11); tus miembros son armas de justicia si no permitiste que un hombre pereciera injustamente. Viste a una mujer, castigaste tu cuerpo, mortificaste tus deseos, evitaste los ojos provocativos de una prostituta y te alejaste, tus miembros son armas de castidad. Por el contrario, si tu ojo vio a una mujer para desearla, abriste una herida, clavaste un arma en tu cuerpo, tus miembros son armas del pecado. Viste la propiedad de los huérfanos y los expulsaste de las posesiones de sus padres, moviste los límites que tus padres establecieron, tus miembros son armas de iniquidad. Por lo tanto, el afecto, no la carne, es el autor de la culpa, pero la carne es la ministra de la voluntad. No permitamos que nuestra voluntad nos venda.

11. El Apóstol clama: "¿No sabéis que si os ofrecéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, ya sea del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia?" (Rom. VI, 16). Por lo tanto, si servimos al pecado o a la justicia, consideremos en qué parte la servidumbre es más tolerable y el fruto más abundante. Pero, ¿qué fruto puede haber en la muerte? Porque la paga del pecado es la muerte; y por eso no hay fruto en ello, sino pérdida de honor; cuando nos avergonzamos de lo que hemos hecho. Servir a la justicia es libertad. Porque el que fue llamado siendo esclavo en el Señor, es liberto del Señor. De igual manera, el que fue llamado siendo libre, es esclavo de Cristo (I Cor. VII, 22). Ambas condiciones son óptimas, estar bajo Cristo, bajo quien la servidumbre es preciosa y la libertad gloriosa. La servidumbre es preciosa como comprada al precio de tanta sangre: pero la libertad es gloriosa porque ninguna servidumbre de culpa, ninguna cadena de pecados, ninguna carga de delitos, ningún comercio de crímenes la somete al vínculo degenerado de la servidumbre.

12. Aprende humildad, oh hombre, reconoce la fuerza del magisterio apostólico. Si te llamas a ti mismo siervo, eres liberto; si te jactas de ser libre, eres siervo. Porque incluso aquel que fue redimido como siervo, tiene libertad, y aquel que fue llamado libre, es bueno para él reconocer que es siervo de Cristo, bajo quien la servidumbre es segura y la libertad es segura. ¿Quién afirma que Pablo es un ignorante incluso en el derecho? Porque supo discernir entre liberto y libre; y por eso no habló superficialmente, sino propiamente dijo: "Porque el que fue llamado siendo siervo en el Señor, es liberto del Señor: de igual manera, el que fue llamado siendo libre, es siervo de Cristo". En verdad, todos somos libertos de Cristo, nadie es libre. Porque todos nacimos en servidumbre. ¿Por qué asumes la arrogancia de la libertad en una condición servil? ¿Por qué usurpas títulos de nobleza, herencia servil? ¿No sabes que la culpa de Adán y Eva te ha sometido a la servidumbre? ¿No sabes que Cristo te redimió, no te compró? No fuiste redimido con oro ni plata de vuestra vana manera de vivir heredada de vuestros padres, sino con la preciosa sangre del Cordero (I Pet. I, 18 y 19), clama el apóstol Pedro. Por lo tanto, fuiste redimido por el Señor. Eres siervo porque fuiste creado, eres siervo porque fuiste redimido, y debes servidumbre tanto como al Señor, como al Redentor. No pienses que la libertad bajo Cristo es inferior a la libertad. Es igual en dignidad, superior en protección, igual en gracia, más cautelosa contra la caída, más protegida contra la soberbia. Así recibiste la libertad, para que debas recordar a tu manumisor, para que sepas que debes rendir legítima obediencia a tu patrón; no sea que la libertad sea revocada por un ingrato. ¿Qué hay más dichoso para ti, que reinas bajo el Señor y sirves bajo el patrón?

CAPÍTULO IV.

Cuánto ha concedido Dios al hombre, al darle la Ley y añadirle la gracia. Donde se resuelven dos cuestiones: ¿Cómo puede ser buena la Ley, que opera la muerte; y cómo lo que opera la muerte, no es muerte para nosotros?

13. ¿Qué es lo que el Señor no te ha concedido? Dio la Ley, reveló el pecado, añadió la gracia. Porque la Ley denunció el pecado: pero en una condición resbaladiza no pudo contenerlo completamente. Conocí el pecado que no sabía. Conocí que la concupiscencia es pecado; y con esta ocasión de conocimiento, se acumularon las deudas del pecado; porque el pecado que antes parecía muerto por mi ignorancia, revivió en mí: pero yo morí por la herida del pecado; porque el conocimiento de la culpa que parecía que me iba a beneficiar, me perjudicó, para que supiera lo que no podía evitar. Porque reveló el pecado, y por el bien de su denuncia, agudizó la envidia del mismo pecado. Así que el pecado se hizo excesivo para mí; porque se acumuló con la denuncia del mandamiento. Porque la culpa crece cuando se revela y no se evita. ¿Cómo, entonces, es bueno el mandamiento que es muerte para mí? ¿O cómo no es muerte para mí, lo que al demostrar el pecado a través de su buena significación, operó la muerte en mí? Porque es cierto que la muerte se me acercó, mientras reconozco que lo que hago es pecado, como el mismo Señor dice: "Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado" (Juan XV, 22).

14. ¿Por qué te sorprende, entonces, si la Ley es muerte para algunos, cuando también el advenimiento salvador del Señor, por el cual fuimos redimidos, es muerte? Porque el infiel busca la muerte para sí mismo de la gracia: pero la gracia del mandamiento permanece. Porque así como el conocimiento de las pociones venenosas se completa para la disciplina de la medicina: así el mandamiento divino para la vida eterna. Pero así como para quien usa mal las pociones nocivas, su conocimiento se convierte en mal y peligro; y cuanto más conoce los venenos, más se da cuenta de que está en peligro: así la forma del mandamiento es para aquellos que interpretan mal la Ley, o no pueden evitar los pecados demostrados y prohibidos, es autor de muerte. Así como el antídoto es bueno, aunque no sea bueno para el imprudente o intemperante: así el mandamiento es bueno, aunque no sea bueno para el intemperante. Por lo tanto, el mandamiento es bueno, aunque sea muerte para alguien. Así que tienes la respuesta a la primera proposición: porque el mandamiento puede ser bueno, aunque sea muerte para mí; bueno por la naturaleza del precepto salvador; muerte por la intemperancia de la carne.

15. Y porque dijimos que el mandamiento es bueno, aunque sea muerte para mí, ahora discutamos cómo no es muerte para mí, lo que a través de lo bueno, sin embargo, operó la muerte en mí. Así lo propuso el Apóstol: "¿Lo que es bueno, entonces, es muerte para mí? De ninguna manera. Pero el pecado, para que aparezca como pecado, operó la muerte en mí a través de lo bueno" (Rom. VII, 13). Así que consideremos cada cosa. El mandamiento es ciertamente de la Ley: pero la Ley es espiritual, cuya gracia veo, cuya belleza alabo, cuya forma predico, cuyo precepto admiro: pero porque yo soy carnal, vendido bajo el pecado, soy arrastrado involuntariamente a la culpa. Porque como siervo, la culpa me domina. Así que odio el crimen, y lo hago. La mente odia, la carne desea; sin embargo, yo estoy en ambos, quien consiente a la Ley con la mente, y con la carne hago lo que no quiero. Por lo tanto, el mandamiento es bueno al que consiento; y la mente es buena que elige lo que es bueno. Buena para juzgar, pero a menudo débil para resistir; porque la apetencia del cuerpo se le opone, y la arrastra cautiva a las seducciones del error.

16. En este peligro hay un solo remedio, que la gracia de Dios libere a quien la Ley no pudo liberar. Así está escrito: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Rom. VII, 24 y 25). Así que sucede que aunque el pecado que estaba oculto, es decir, mi concupiscencia que no pensaba que fuera pecado, operó la muerte en mí cuando se reveló, y se hizo excesivo el mismo pecado (porque era pecado aunque no se conocía, pero con el conocimiento se acumuló, y como si asumiera un incremento del error, y la forma del mandamiento cedió a la naturaleza del delito), sin embargo, no es muerte para mí, quien está dispuesto a refugiarse en Cristo, por quien somos liberados de todo peligro de muerte. Así que también se resuelve la segunda proposición, porque el mandamiento de la Ley no es muerte para mí, aunque opere la muerte. Porque lo que nos perturba es de la fragilidad: lo que escapamos, es de Cristo.

CAPÍTULO V.

¿Por qué la Ley no fue suficiente, sino que fue necesaria la gracia otorgada por la muerte de Cristo; con quien también debemos morir, resucitar y vivir?

17. Así que para volver a los comienzos de este discurso, la mente es buena que tiene el trato de la razón, y se dedica a las disciplinas de la sabiduría: pero tiene una lucha grave con el cuerpo de muerte, y a menudo la razón de la mente es vencida por la seducción de la carne. Y por eso el Señor primero dio la Ley, a la que la mente del hombre se dio para obedecer, y comenzó a servirle, para que estuviera sujeta: pero la carne no estaba sujeta; porque la sabiduría de la carne no está sujeta a la Ley, y se oponía a sus preceptos. Porque no podía obedecer a la virtud, entregada a las pasiones, e implicada en las seducciones carnales. Por eso hay que trabajar para mantener la gracia de Dios. Así que la mente es buena, si se dedica a la razón; pero poco perfecta, a menos que tenga el timón de Cristo. Porque vino el Señor Jesús, que clavaría nuestras pasiones en su cruz, perdonaría los pecados: en cuya muerte fuimos justificados; para que todo el mundo fuera purificado con su sangre. De hecho, en su muerte fuimos bautizados.

18. Si, por lo tanto, en su muerte se nos perdonan los pecados, también, que las pasiones de los pecados mueran en su muerte, que estén clavadas en su cruz. Si en su muerte hemos muerto, ¿por qué de nuevo como si viviéramos somos llamados a las cosas mundanas? ¿Qué tenemos que ver con los elementos de este mundo? ¿Qué con las pasiones? ¿Qué con la lujuria y la lascivia con las que hemos muerto con Cristo? Pero si hemos muerto en Cristo, hemos resucitado en Cristo: por lo tanto, vivamos con Cristo: busquemos las cosas superiores que están en Cristo, no las corruptibles y terrenales. Cristo resucitando de los muertos dejó al hombre viejo clavado en la cruz, resucitó al nuevo. Cristo murió para que también nosotros muriéramos al pecado, resucitáramos a Dios. Nuestra carne ha muerto, ¿por qué revive de nuevo al pecado? ¿Por qué obedece de nuevo al pecado? ¿Por qué el pecado reina de nuevo en los muertos, cuando la muerte es el fin del pecado? Hemos muerto en la carne, hemos sido renovados en el espíritu. Caminemos en el espíritu, que hemos recibido el espíritu de Cristo. Pero si el espíritu de Cristo está en nosotros, entonces que la carne esté muerta para nosotros por el pecado: pero el espíritu viva por la justificación.

19. Así lo que era imposible para la Ley, se ha resuelto, si caminamos en el espíritu, si hemos sepultado las pasiones, si no desatamos la cruz de este cuerpo, si no reescribimos el documento de deuda del pecado que fue borrado en la cruz de Cristo, si no nos vestimos con la vestidura del hombre viejo que nos hemos quitado. Porque está escrito en el Cantar de los Cantares: "Me he despojado de mi túnica, ¿cómo me la pondré? He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré?" (Cant. V, 3). Por lo tanto, nuestros miembros del cuerpo están muertos para

nosotros, ¿por qué brotan de nuevo sus vicios? Por eso la Ley no prevaleció, porque no mortificó la carne: por eso pasó como una sombra, porque no coloreó: por eso también nos oscureció del sol de justicia, porque acumuló crímenes. Por lo tanto, también perjudicó.

CAPÍTULO VI.

Los frutos de la Ley promulgada son la confesión del pecado, la humildad, e incluso la gracia misma, y el vínculo de la caridad: a los que se añade una exhortación a los deberes de gratitud con la enumeración de los beneficios concedidos al hombre.

20. ¿Qué necesidad había, entonces, de que se promulgara la Ley, si no iba a ser útil? Ya teníamos la ley de la naturaleza; porque cada uno era una ley para sí mismo, que tenía la obra de la ley escrita en su corazón. No la mantuvimos: ¿por qué se añadió otra, en cuyas obras la carne no podía justificarse? Se añadió un vínculo, no una solución: se añadió el reconocimiento de los pecados, no la remisión. Todos pecamos, quienes podíamos alegar excusa por ignorancia: se cerró la boca a todos.

21. Sin embargo, me fue útil, comencé a confesar lo que negaba: comencé a reconocer mi delito, y a no cubrir mi injusticia: comencé a pronunciar contra mí mismo mi injusticia al Señor, y tú perdonaste las impiedades de mi corazón. Pero también me beneficia que no somos justificados por las obras de la Ley. No tengo, por lo tanto, de qué gloriarme en mis obras, no tengo de qué jactarme; y por eso me gloriaré en Cristo. No me gloriaré porque soy justo: sino que me gloriaré porque he sido redimido. Me gloriaré, no porque estoy libre de pecados, sino porque se me han perdonado los pecados. No me gloriaré porque he sido útil, ni porque alguien me ha sido útil: sino porque Cristo es mi abogado ante el Padre: sino porque la sangre de Cristo ha sido derramada por mí. Mi culpa se ha convertido en el precio de mi redención, por la cual Cristo vino a mí. Por mí Cristo probó la muerte. Más fructífera la culpa que la inocencia. La inocencia me había hecho arrogante, la culpa me hizo sumiso.

22. Tienes, por lo tanto, en qué te ha beneficiado la promulgación de la Ley. Pero dices que por la Ley abundó el pecado. Pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. Has muerto al pecado, hombre: por lo tanto, la Ley ya no perjudica. Resucitas por la gracia; por lo tanto, la Ley fue útil; porque adquirió la gracia. También has recibido el vínculo de la caridad de Cristo; porque quien murió por ti, es tu abogado, y guarda la recompensa de su sangre, y quien reconcilió al pecador con el Padre, mucho más recomienda al inocente, y protege al sumiso, quien acogió al culpable.

23. ¿No devolverás, entonces, el servicio debido a un beneficio tan grande? Te hizo heredero, te hizo coheredero; heredero de Dios, coheredero de Cristo: infundió en ti el espíritu de adopción. Cuenta estas cosas, y añádelas no tanto al vínculo de la deuda, como a la conservación del don recibido. Eres coheredero de Cristo, si sufres con él, si mueres con él, si eres sepultado con él. Acepta sus pasiones, para que merezcas estar con él por encima de las pasiones. Mira cómo te ha perdonado los pecados pasados; para que nada te perjudique de lo que has pecado. Mira cómo te exhorta a no perder lo que has recibido. La meta de este breve trabajo es la corona de un fruto perpetuo: la pasión es tolerable, la recompensa es inestimable. ¿Qué te angustia? ¿La abyección de la ignominia? Pero tendrás en el futuro la gloriosa nobleza de la devoción y la fe. ¿Quizás la escasez de bienes, la austeridad de la vida? Pero tendrás las riquezas de la recompensa eterna, en las que no podrás carecer de nada. ¿Quizás la pérdida de hijos? Recibirás hijos perpetuos, que habías recibido temporales, y se dirá de ti: "Bienaventurado el que tiene su simiente en Sion, y sus domésticos en Jerusalén" (Isaías

XXXI, 9). "Las pasiones de este tiempo no son dignas de ser comparadas con la gloria venidera" (Rom. VIII, 18), te dice la Escritura.

24. Añade que la vida bienaventurada no se disminuye con estas adversidades de las molestias mundanas, ni de las pasiones corporales, sino que más bien se prueba. Añade que no siente las pérdidas patrimoniales, o que oculta con mente fuerte las pérdidas de los seres queridos, absorbe el dolor. Añade que no conoce naufragios, quien siempre está en el puerto de la tranquilidad. ¿Qué hay de que el trabajo es común contigo y con toda la creación; porque por ti el mismo mundo soporta la servidumbre de la corrupción; porque tienes una comunidad común de este trabajo y expectativa con los santos? El sol reconoce su ocaso, la luna su defecto, las estrellas el error de sus luces, mientras se espera la redención de todo nuestro cuerpo.

25. Pero temes los inciertos caminos de la vida, y las insidias del adversario, cuando tienes la ayuda de Dios, tienes tal dignación de él, que no escatimó a su propio Hijo por ti (Rom. VIII, 32). La Escritura usó una hermosa palabra para declarar el piadoso propósito de Dios Padre hacia ti, quien ofreció a su Hijo a la muerte. Y el Hijo no pudo sentir la amargura de la muerte. Lo que estaba en el Padre, no se reservó nada para sí mismo: lo ofreció todo por ti: lo que estaba en la plenitud de la divinidad, no perdió nada, y te redimió. Considera el afecto paternal. Lo que es de piedad, asumió el peligro como si su Hijo fuera a morir, absorbió el dolor como si fuera de orfandad; para que no se perdiera para ti el fruto de la redención. Tal fue el interés del Señor por tu salvación, que casi se puso en peligro de lo suyo, mientras te ganaba. Él asumió nuestras pérdidas por ti; para que te insertara en lo divino, te consagrara a lo celestial. También añadió maravillosamente: "Por todos nosotros lo entregó" (Rom. VIII, 32); para mostrar que ama a todos de tal manera que entregaría a su Hijo más querido por cada uno. ¿Para quienes, entonces, dio lo que está por encima de todo, puede ser que no nos haya dado todo en él? Porque no exceptuó nada, quien concedió al autor de todo.

26. No hay, por lo tanto, nada que temamos que pueda negarse a nosotros: no hay nada en lo que debamos perseverar en desconfiar de la perseverancia de la munificencia divina, cuya abundancia fue tan prolongada y continua; que primero predestinó, luego llamó; y a quienes llamó, a estos también justificó; y a quienes justificó, a estos también glorificó. ¿Podrá abandonar a quienes ha seguido con tantos beneficios suyos hasta las recompensas? ¿Entre tantos beneficios de Dios, deben temerse algunas insidias del acusador? Pero, ¿quién se atreverá a acusar a los que han sido elegidos por el juicio divino? ¿Acaso Dios Padre mismo, quien otorgó, puede revocar sus dones; y a quienes adoptó, relegarlos de la gracia del afecto paternal? Pero hay temor de que el juez sea más severo. Considera a quién tienes como juez. Pues el Padre dio todo juicio a Cristo. ¿Podrá, entonces, condenarte aquel que te redimió de la muerte, por quien se ofreció, cuya vida reconoce que es el precio de su muerte? ¿No dirá: "¿Qué utilidad hay en mi sangre?" (Sal. XXIX, 10), si condeno a quien yo mismo salvé? Luego consideras al juez, no consideras al abogado. ¿Podrá este dar una sentencia más severa, quien no cesa de interceder para que se nos confiera la gracia de la reconciliación paternal?

CAPÍTULO VII.

Debe haber en nosotros tal caridad, que ninguna adversidad nos separe de Cristo, ya que con ellas no se disminuye la vida bienaventurada: pues la vida bienaventurada se encuentra en los hombres en quienes hay vida perfecta; y en qué consiste esto. En definitiva, el hombre perfecto está por encima de todos los infortunios y sufrimientos.

27. Pero aunque se presenten cosas graves, no deberían separarnos de Cristo. ¿Por qué no toleramos por Él incluso lo duro y amargo, quien por nosotros soportó cosas tan indignas? Por lo tanto, debe haber en nosotros caridad, para que ningún peligro nos aparte de Cristo. Está escrito: Muchas aguas no podrán apagar el amor, ni los ríos lo ahogarán (Cant. VIII, 7); porque el alma amante atraviesa el torrente. Ninguna tempestad, ningún peligro profundo, ningún terror de muerte o castigo disminuye la fuerza de la caridad. En estas cosas somos probados, en estas cosas está la vida bienaventurada, aunque esté inundada de muchos peligros.

28. Pues el sabio no se quiebra por los dolores del cuerpo, ni se ve perturbado por las incomodidades: sino que incluso en las aflicciones permanece bienaventurado. Porque las adversidades del cuerpo no disminuyen el don de la vida bienaventurada, ni le quitan nada de su dulzura; porque la bienaventuranza de la vida no está en el deleite del cuerpo: sino en la conciencia pura de toda mancha de pecado, y en la mente de aquel que reconoce que lo que es bueno, eso deleita, aunque sea áspero; pero lo que es indecoroso, aunque sea placentero, no agrada. Por lo tanto, la causa de vivir bien no es el deleite corporal, sino la prudencia de la mente: no la carne que está sujeta a la pasión, sino la mente que juzga que nada deleita mejor que la honestidad de los consejos y la belleza de las obras. Ella, por tanto, es la intérprete de la vida bienaventurada. Pues es mejor la prudencia o la razón que juzga la pasión, que la pasión misma: y es más excelente lo que juzga, que lo que está sujeto al juicio. Pues no puede ser que lo irracional sea mejor que la razón. Por lo tanto, tiene en sí su recompensa quien sigue a Jesús, y en su afecto el premio y la gracia: aunque soporte cosas duras, es bienaventurado por sus costumbres, bienaventurado incluso en los peligros, como el Señor definió diciendo: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (Matt. V, 10).

29. Por lo tanto, la vida bienaventurada está en los hombres, pero en aquellos en quienes hay vida perfecta. Sin embargo, la vida perfecta no es esta sensible, sino aquella racional según el trato de la razón y la vivacidad de la mente: en la cual no está la porción del hombre, sino la perfección que no está tanto en la condición del hombre, como en la operación. Pues eso es lo que hace bienaventurado. ¿Qué es bueno para este hombre, sino él mismo lo que tiene, y este bien está presente para él, y será la causa de los bienes futuros? De este bien dijo Salomón: Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos. Que tus aguas fluyan de tu fuente: que corran por tus calles. Que sean para ti solo, y que ningún extraño participe de ellas. Que la fuente de tus aguas sea propia para ti (Prov. V, 17 y 18). Usa, por tanto, tu bien interno.

30. El mayor testimonio de este bien es que quien lo tiene, no requiere otras cosas. ¿Qué buscaría, quien desprecia lo inferior? Que se adhiera a lo más excelente, como está escrito: Que el ciervo de la amistad y el cervatillo de las gracias conversen contigo (Ibid., 19). Que la amistad te preceda, y esté contigo en todo momento. Pues buena es la amistad de las virtudes, y la caridad del sumo bien. Por lo tanto, el perfecto no busca otra cosa, sino solo el bien claro y excelente. De ahí que diga: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré; que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, y contemple la delicia del Señor (Psal. XXVI, 4). Y no lo desprecies como estrecho y pobre, porque esté contento con la sociedad solitaria de un solo bien. Pues rodeado de esta amistad, será muy abundante. Pues a este tipo de hombre le basta para la bienaventuranza y la posesión del bien; y por eso no desea nada más. Pues no espera nada como nuevo, quien lo tiene todo. Pues no hay bien que no tenga: ni se deleita en lo superfluo, sino en lo necesario, y en lo necesario que no es para él, sino para la carne adherida a él: y concede lo que no discrepa del propósito del hombre interior, lo que hace que

ambos sean uno, y reconcilia al interior según el hombre y al exterior con Dios, para que en ambos sea un solo espíritu.

31. Por lo tanto, el hombre de este propósito no se ve disminuido por las pérdidas, ni quebrantado por las adversidades, ni detenido por los obstáculos, ni entristecido por la pérdida de los suyos. Para su instrucción dice el Apóstol: No queremos que ignoréis, hermanos, acerca de los que duermen; para que no os entristezcáis, como los demás que no tienen esperanza (I Thess. IV, 12). Pues consolado por la fe en la resurrección y la gracia de la futura recompensa, no recibe con esa mente tristeza, con la que se adhiere a Dios, y se alegra con el placer de la divina excelencia. Pero quien se entristece por estas cosas, no se entristece según Dios. Y lo que no es según Dios, está lleno de necesidad. Por lo tanto, está ausente del perfecto la tristeza de este mundo que no es según Dios, y toda preocupación de la aflicción corporal. Pues en esta disposición de la mente y la sustancia no se cuenta la condición del cuerpo, y cierto uso exterior de la naturaleza, cuando al mismo tiempo contra los placeres del cuerpo, y la misma fragilidad de la naturaleza, las pérdidas, los daños, las injurias, el ánimo invicto debe mantener una constancia uniforme; para que el mismo cuerpo se desgarré, y se despoje de los sentidos de la carne, quien desea sostener la palma de la bienaventuranza, cuyo fruto no está en la porción de uno, sino en la compañía de muchas, y si es posible, en la de todas las virtudes.

32. Por lo tanto, el perfecto no conoce las incomodidades de este cuerpo, ni las adversidades del mundo, ni las siente, quien lleva un ánimo ajeno al temor de estas cosas de que lo maten. Pues la vida no se define como más perfecta si carece de estas cosas: sino si las desprecia. Pues si se definiera así, que esa sería la vida bienaventurada, que pudiera encontrarse libre y vacía de estos casos, ciertamente con la llegada de estos no podría definirse a alguien como bienaventurado. Por lo tanto, estas cosas están apartadas, y solo esto se ha requerido en la estimación de la vida bienaventurada, que no en otras cosas, sino en la posesión del verdadero y del bien, se mantenga su definición; porque quien lo tiene, desprecia las demás cosas, ni las busca.

CAPÍTULO VIII.

El sabio se deleita en la salud del cuerpo o en los hijos, de tal manera que si los pierde, no por eso se considera menos bienaventurado; ya que no desea nada más allá del sumo bien. Por lo tanto, no teme su propia cautividad y la de los suyos, las enfermedades corporales, y otras adversidades, porque ni estas quitan nada a la bienaventuranza, ni se añade nada con las prosperidades.

33. Pregunto ahora si el sabio se deleita en la salud del cuerpo. No podemos negar que se deleita según la naturaleza, y que prefiere no sentir dolor a sentirlo; a menos que sea por Cristo, por quien, si la causa lo requiere, acepta prontamente la debilidad del cuerpo, y ofrece todo su cuerpo a la muerte. Sin embargo, incluso fuera de la causa de la fe y la justicia, si falta la salud, no se afecta en el ánimo, ni se quiebra por el dolor del cuerpo, quien puede consolarse con la perfección de las virtudes.

34. Pregunto también si se deleita en los hijos. ¿Quién negaría esto? Pues no se busca a alguien duro y de hierro, sino perfecto. Sin embargo, incluso si pierde a los hijos, no por eso es menos bienaventurado, quien no por eso es menos perfecto. Pues lo que es perfecto, es bienaventurado. Incluso si soporta adversidades, más que si abunda en cosas favorables, suele parecer más perfecto: aunque ni si faltan, ni si están presentes las comodidades externas, o las alegrías del cuerpo, suele disminuir o aumentar algo a la virtud. Pero para muchos ha sido tan

loable soportar valientemente las adversidades, como no haber caído en ellas. Pero estas cosas se estiman por la apariencia, no por el peso.

35. Esa profundidad, que el hombre justo no quiera nada, sino solo ese bien claro y excelente, que se enfoque solo en esto, que considere esto como el único bien: no otra cosa con él, sino solo él siempre desear, deleitarse en esto; al que si se le añade otra cosa que lo deleite, como es la dulzura de los hijos, no se pierde aquello, sino que esto se añade. Pues las cosas que se añaden no disminuyen la bienaventuranza, que no pueden aumentar; porque aquello pleno e inviolable permanece, en lo que el alma se viste, y a lo que se ha insertado e infundido. La virtud perfecta permanece siempre entre las adversidades y las cosas deleitables; ni las adversidades disminuyen algo de su perfección, ni las cosas deleitables añaden a la perfección. Pues ¿qué es lo que quien ha ascendido a lo más alto, puede sentir de pérdida por las cosas caducas, o de ganancia?

36. Ni tampoco, lo que se considera más grave entre muchos, se considerará a sí mismo miserable, si él mismo o sus hijos caen en cautiverio. Pues no soportará intolerablemente lo que tiene la naturaleza, o lo que parece al Señor. En definitiva, el justo dijo: Buena es la palabra que ha hablado el Señor (IV Reg. XX, 19). Y dijo: Haya paz y verdad en mis días (Ibid.). Ciertamente este justo Ezequías no se alegraba de que la aflicción del cautiverio se desviara hacia sus hijos: pero no podía oponerse a la voluntad del Señor; y por eso recibía sus mandatos con ecuanimidad como un siervo. Se añade a esto, que podía estimar que incluso en el cautiverio podía sobresalir el mérito de la virtud. Pues no menos bienaventurado fue Jeremías en el cautiverio, ni menos Daniel, ni menos Esdras, ni menos bienaventurados Ananías, Azarías y Misael, que si no hubieran caído en el cautiverio; ya que fueron llevados al cautiverio para traer al pueblo tanto consuelo en el cautiverio, como esperanza de escapar del cautiverio. Pues es propio del hombre perfecto sostener la comunidad de la naturaleza con la virtud del ánimo, y llevarla a cosas mejores; ni sucumbir a aquellas cosas que a muchos parecen terribles y temibles: sino como un soldado fuerte soportar los ataques de los casos más graves, someterse a los conflictos; y como un piloto previsor gobernar la nave en la tempestad, y enfrentándose a las olas que se levantan, evitar más el naufragio surcando las olas, que declinando. No es este temeroso en la persecución, ni más blando en los tormentos, para no exasperar al torturador: sino como un atleta fuerte, que repele al que golpea si no con el azote de la palabra; que desprecia los tormentos temidos por muchos diciendo: Las flechas de los niños se han convertido en sus heridas (Ps. LXIII, 8); que aunque luche con el dolor más grave, no se muestre miserable; sino que muestre como en una lámpara la luz, incluso entre las ásperas tormentas y los vientos más graves, que su virtud del ánimo brilla, y no puede ser extinguida. No es este blando en las injurias de los suyos, ni preocupado por la sepultura de su cuerpo, al que sabe que se le debe el cielo: no más abatido en el cautiverio de la plebe cívica; sino como un juez severo, condenando la perfidia y los errores de los infieles como Daniel que revelaba los robos de los sacerdotes, y refutaba sus supersticiones, mostrando que no estaban basadas en ninguna verdad, sino oscurecidas por fraudes. Tal es finalmente el hombre perfecto, que desea que todos actúen bien, y que no le suceda a nadie nada malo; y si sucede algo más allá de su voluntad, él mismo no pierde nada de su propia bienaventuranza.

37. Pero tal vez alguien piense que la enfermedad y la debilidad del cuerpo son un impedimento para cumplir con el deber de la perfección; porque no pueden proceder a las obras de las manos y los hechos. Pero el justo no sentirá que estas cosas son un impedimento para él: más bien corregirá a quien las llore miserablemente, y lo acusará como cobarde, porque pone más en el uso del cuerpo, que en la virtud del ánimo: porque desea aquellas cosas a las que servir, cuando tiene lo que más puede mandar a otros: porque se lamenta en la

pobreza, quien puede estar por encima de las riquezas del mundo; pues para el fiel todo el mundo es de riquezas: porque se lamenta de la ignominia, quien debe despreciar los poderes reales, mandar a los ricos y poderosos. Pues esta es la vida del justo, quien también debe considerar comunes las facultades que tiene; más bien incluso dividir las con los necesitados, distribuir las a los pobres, recortar sus propios placeres, reducir el gasto, aplicar la parquedad de la templanza, mantener la sobriedad en las cosas prósperas, la paciencia en las adversidades, la tolerancia en el dolor, la magnanimidad en los peligros, no conocer los votos de salud perpetua, no ser sacudido por el terror de la muerte inminente, ni considerar más excelente a quien según la naturaleza le han sobrado hijos, parientes, salud, alegría, abundancia, que a quien le han faltado, ni pesar los méritos por las cosas externas del mundo, sino por los méritos internos de la virtud.

38. ¿Quién negaría que esta también es la forma del justo; que no tema nada, no tema nada, sino las pérdidas de la virtud, y reprima las vanas temores de los demás, que tienen sobre la preocupación de los peligros, el temor a la muerte, la debilidad del cuerpo; para que enseñe que es mucho mejor ser disuelto en el cuerpo, y estar con Cristo; para que muestre que las operaciones no se ven obstaculizadas por las debilidades del cuerpo, sino que se aumentan; ni se recomiendan por el esplendor del linaje, o el apoyo de los parientes, o las riquezas, sino por el buen afecto. Pues no menos bienaventurado fue Elías que Moisés; cuando uno sin necesidad de alimento, con una vestimenta vil, sin hijos, sin gasto, sin compañero: el otro líder del pueblo, feliz con su descendencia, rodeado de poder, fundaron un mérito igual de diverso género, como se declaró en el Evangelio (Matth. XVII, 3), cuando resplandecieron con el Señor Jesús en la gloria de la resurrección. Pues parece que les dio una recompensa igual como testigos iguales de su gloria. Ni menos bienaventurado fue Eliseo que David, cuando uno estaba sujeto a los reyes, el otro dotado de poder real, alcanzaron una gracia de santificación profética no desigual.

39. Pues ¿qué le falta a quien posee ese bien, y tiene siempre consigo la virtud como compañera y socia? ¿En qué estado no es el más poderoso? ¿En qué pobreza no es rico? ¿En qué ignominia de linaje no es ilustre? ¿En qué ocio no es laborioso? ¿En qué debilidad no es vigoroso? ¿En qué enfermedad no es fuerte? ¿En qué descanso del sueño no está de vacaciones, a quien incluso descansando no abandona su propia virtud? ¿En qué soledad no está rodeado, a quien rodea la vida bienaventurada, a quien viste la gracia, a quien ilumina el manto de la gloria? No menos también ocioso, que cuando trabaja, bienaventurado; ni menos durmiendo, que vigilando, glorioso; porque no menos durmiendo, que cuando vigila, está sano e intacto. ¿Cuándo, pues, puede parecer de vacaciones, cuya mente siempre opera? ¿Cuándo, pues, solo, quien está siempre con ese bien, del cual dijo el Profeta: Nos llenaremos de los bienes de tu casa (Psal. LXIV, 5)? ¿Cuándo despreciado, cuya conversación está en el cielo? ¿Cuándo no decoroso, quien se conforma a la semejanza de ese decoro, y del único bien; quien aunque esté disuelto en los miembros, sin embargo se erige en la mente? Y como aquel que solía tocar la cítara, si la ve deshecha, con las cuerdas sueltas, y rota, y su uso interrumpido, la desecha, y no busca sus números, sino que se deleita con su propia voz: así también este dejará que la cítara de su cuerpo yacer ociosa, se deleitará con el corazón, se deleitará con el recuerdo de la buena conciencia, se aliviará con los oráculos divinos y los escritos proféticos, manteniendo y abrazando con la mente aquello suave y agradable al ánimo; a quien nada triste puede sucederle, cuando siempre le aspira la gracia de la presencia divina, y él mismo está presente consigo mismo, lleno de la máxima tranquilidad del ánimo.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Hecha la transición del libro anterior a este, muestra que el santo Jacob incluso en el exilio fue bienaventurado: y demuestra que la definición de bienaventuranza le conviene perfectamente.

1. En el libro anterior discutimos sobre los preceptos de las virtudes: en el siguiente usaremos ejemplos de hombres ilustres, que puestos en los mayores peligros no perdieron la bienaventuranza de la vida, sino que más bien la adquirieron. ¿No fue bienaventurado Jacob incluso cuando dejó su patria? Más bien, claramente bienaventurado, quien soportó las durezas del exilio, para mitigar la ira de su hermano. Pues si es bienaventurado quien evita el pecado, ciertamente no se puede negar que es bienaventurado quien alivia la culpa de otro, aparta el crimen. Así pues, evitó el parricidio preparado con el exilio voluntario, y con ese hecho se procuró la salvación, y otorgó la inocencia a su hermano. Por lo tanto, merecidamente la gracia divina lo acompañó en todas partes, de modo que incluso cuando dormía, adquirió el don de la vida bienaventurada. Pues veía los misterios futuros, y escuchaba los oráculos divinos (Gen. XXVIII, 5, 12 y ss.). Buen trabajador en el sueño, y rico en la pobreza, quien con el oficio de la vida mercenaria preparó tanto el patrimonio como el matrimonio con el mismo oficio (Gen. XXIX, 22, 29 y ss.). El mismo reconciliador del afecto fraternal luchó excelentemente con dones y servicios (Gen. XXXII, 13 y ss.); para excluir toda indignación, apartar el dolor de la ofensa, mostrando que no había sido menor en el exilio, quien podía dar lo que no había recibido.

2. Pero me apresuro demasiado a lo inferior, y paso por alto lo más útil, cuando primero debe definirse qué es ser bienaventurado. Pues está escrito: Bienaventurado el varón que no anduvo en el consejo de los impíos, ni estuvo en el camino de los pecadores, ni se sentó en la silla de los pestilentes (Psal. I, 1). Esto significando la Escritura, que es bienaventurado quien se ha apartado de la compañía de los pérfidos (pues es impiedad no reconocer al autor de la vida y cierto padre de la salvación, si permanece en el pecado, o persevera en la lujuria y la lascivia), también él meditará en la ley del Señor día y noche, siendo como un árbol que dará su fruto a su tiempo (Ibid., 2 y 3). Los méritos anteriores son premios, este es el premio de los méritos.

3. ¿Qué de lo que concierne al mérito de la bienaventuranza le faltó al santo Jacob, quien estuvo tan alejado de las compañías de los impíos, que de él el pueblo fiel tomó su nombre, llamado Israel (Gén. XXXII, 28), porque contemplaba a Dios con los ojos de la mente interna, absteniéndose del pecado, sobrio de toda embriaguez de lujuria, absorbiendo los duros trabajos y despreciando el ocio seguro? ¿No es hermoso y verdadero lo que se ha dicho de él, que dará fruto a su tiempo, de quien está escrito: "He aquí el olor de mi hijo como el olor de un campo lleno" (Gén. XXVII, 27)? Pues era perfecto en toda flor de virtudes, y exhalaba la gracia de la bendición sagrada y de la bienaventuranza celestial. Él es el campo que bendijo el Señor: no este terreno, ni horrido por los bosques, ni fragoso por los torrentes, ni pantanoso por las aguas más lentas, ni estéril en cereales, ni inútil para las vides, ni infecundo por la grava rocosa, ni agrietado y árido por la sequedad, ni empapado de sangre, ni inculito por los abrojos y espinas: sino aquel campo, del que dice la Iglesia en los Cantares: "Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las virtudes y las fuerzas del campo" (Cant. II, 7). Este es el campo del que también el Señor dice: "Y la belleza del campo está conmigo" (Sal. XLIX, 11). En este campo se encuentra aquella uva que, exprimida, derramó sangre y lavó al mundo. En este campo está aquella higuera bajo la cual descansarán los santos, recreados por la suavidad de la gracia espiritual. En este campo está aquel olivo fructífero, fluyendo el

ungüento de la paz del Señor. En este campo florecen las granadas, que cubren muchos frutos con una sola defensa de fe, y fomentan con un cierto abrazo de caridad.

4. Estos frutos exhalaba Jacob, quien seguía a Dios a través de los peligros, y se creía seguro en cualquier lugar por su guía. Pues aunque el olor del campo es dulce y suave, porque es el olor de la naturaleza, sin embargo, en el santo Patriarca soplaba la gracia de las virtudes. ¡Qué moderado era en la frugalidad, quien no buscó el alimento preparado para sí, sino que lo concedió sin demora al hermano que lo pedía, de quien recibió la primacía de la bendición (Gén. XXV, 30 y ss.)! ¡Qué piadoso hacia los padres, para merecer ser preferido al hermano mayor por el afecto materno, y ser consagrado por el don de la bendición paterna (Gén. XXVII, 8 y ss.)! ¡Qué religioso, para rehusar herir al hermano! ¡Qué respetuoso, para temer engañar al padre! ¡Qué honorable, para no poder negar a la madre lo que se le ordenaba!

CAPÍTULO II.

Excusa a los padres del bienaventurado Jacob, y enseña cómo otros padres deben comportarse con sus hijos, siguiendo su ejemplo. Luego explica por qué Jacob venció y qué misterios contiene su bendición.

5. Pero tampoco debemos dejar sin excusa a los padres, por haber preferido al hijo menor sobre el mayor. Al mismo tiempo, hay que tener cuidado de que nadie, al seguir su ejemplo, tenga un juicio injusto entre los hijos; que piense que uno debe ser amado y el otro postergado. De aquí surgen los odios fraternales, y por el aumento de una vil ganancia se trama un crimen parricida. Que la misma medida de piedad sostenga a la prole. Sin embargo, aunque el afecto se incline más hacia el más amable o el más parecido, la forma de justicia debe ser igual para todos. Se confiere más al amado, cuyo amor fraternal se busca: pero se le quita más a aquel que es cargado con la envidia de una preferencia injusta. Esaú amenazaba con matar a su hermano (Ibid., 41), y ni la hermandad fraterna ni la reverencia a los padres lo apartaban de la furia parricida; y se dolía de que le hubieran arrebatado la bendición, de la cual debía probarse digno por la mansedumbre, no por el crimen.

6. Pero Rebeca no prefería a un hijo sobre otro como madre, sino que prefería al justo sobre el injusto. Pues en la madre piadosa el misterio pesaba más que el cariño: no prefería tanto al hijo al hermano, como lo ofrecía al Señor, sabiendo que el don que se le había concedido podía ser preservado; en lo cual también consideraba al otro, a quien apartaba de la ofensa divina; para que no se viera implicado en una culpa más grave, si perdía la gracia de la bendición recibida.

7. Sin embargo, acepta la buena contienda entre los padres. Que la madre aporte el afecto, el padre el juicio. Que la madre se incline con tierna piedad hacia el menor: que el padre mantenga el honor natural hacia el mayor. Que este honre más, aquella ame más: mientras cada uno favorezca a uno, que no conspiren ambos en uno solo, defraudando al otro. Que haya igualdad en las diversas contiendas, y que con estudios desiguales se confiera a ambos un amor y gracia igual de los padres: que uno compense lo que el otro disminuye. Así, el piadoso afecto del patriarca Isaac y la santa Rebeca competían, para no hacer a ninguno inferior, sino a ambos iguales (Gén. XXV, 28).

8. Sin embargo, venció aquel que fue preferido por el oráculo: venció la diligencia a la tardanza, la mansedumbre a la dureza (Ibid., 23). Mientras uno buscaba la presa agreste con caza áspera, este ofrecía al piadoso padre los alimentos de suaves costumbres, la gracia doméstica, las dulces viandas de tierna mansedumbre y piedad. Más agrada en los ánimos lo

que se presenta, que lo que se considera que debe ser ofrecido con afectación. Jacob se acercó a las ovejas y trajo los partos de la inocencia, o los dones de la sagrada profecía (Gén. XXVII, 9 y ss.); porque no creyó que hubiera alimento más dulce para el Patriarca que Cristo, quien fue llevado como oveja al matadero, y como cordero a la víctima. Este alimento lo juzgaba útil para el padre público, o para el pueblo, cuyo tipo representaba, porque sería la futura remisión de los pecados.

9. Por eso recibió la túnica de su hermano, porque sobresalía en sabiduría senil: por eso el hermano menor despojó al hermano mayor, porque brilló en la dignidad de la fe. Esta túnica, en tipo de la Iglesia, Rebeca la sacó y se la dio al hijo menor, la túnica del Antiguo Testamento, la túnica profética y sacerdotal, la túnica real davídica, la túnica de Salomón, Ezequías y Josías, reyes, y se la dio al pueblo cristiano, que supiera usar el manto recibido; porque el pueblo judío la tenía sin uso, y no conocía sus propios ornamentos. Esta túnica yacía en la sombra, despreciada y descuidada. Pues se oscurecía por la tenebrosa niebla de la impiedad, y no podía ser desplegada más ampliamente en el estrecho corazón del pueblo judío. El pueblo cristiano se la puso y resplandeció: la iluminó con la claridad de su fe y con la luz de sus piadosas obras. Isaac reconoció el conocido olor de su linaje, reconoció la túnica de la Escritura antigua, pero no reconoció la voz del pueblo antiguo; y por eso supo que había sido cambiada. Pues hoy en día permanece la misma túnica, pero la confesión sonora del pueblo más devoto comenzó a ser: "La voz es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú. Y olió el olor de sus vestiduras" (Ibid., 22 y 27). Y tal vez eso es porque no somos justificados por las obras, sino por la fe; porque la debilidad carnal es un impedimento para las obras, pero la claridad de la fe de las obras cubre el error, que merece el perdón de los pecados.

CAPÍTULO III.

Después de la bendición del hermano menor, ¿por qué vino el mayor; y cuando insistió y obtuvo ser bendecido también, fue condenado a servir a su hermano? Donde se discute sobre la servidumbre y la verdadera libertad.

10. Celebrada la bendición, después vino el hermano mayor (Ibid., 30). Lo cual declara que primero fue otorgado el reino a la Iglesia, que a la Sinagoga en la predestinación: pero que la Sinagoga se introdujo, para que abundara el pecado; y cuando abundó el pecado, abundara también la gracia, y al mismo tiempo quedara claro que el soldado diligente del reino celestial debe ser candidato; para que arrebatase la bendición, y usurpe la prerrogativa de su recomendación. Por lo cual el padre no reprendió al hijo menor, sino que lo alabó, diciendo Isaac: "Tu hermano vino con engaño y tomó tu bendición" (Ibid., 35). Pues es un buen engaño, donde el robo es irreprochable: pero el robo de la piedad es irreprochable; porque desde los días de Juan el reino de los cielos se fuerza, y los que lo fuerzan lo arrebatan. Los padres celebraban la Pascua apresuradamente, quienes comían el cordero apresuradamente, no demorándose; y el santo José, con un piadoso ardid de fraude, llamó y retuvo al hermano Benjamín (Gén. XLII, 20, y XLIV, 1 y ss.).

11. Y él mismo, sin embargo, para ser bendecido, lo obtuvo y logró insistiendo (Gén. XXVII, 38, 39); pero esa bendición, que concordara y conviniera con la anterior, para que sirviera a su hermano. Pues quien no podía gobernar, y dirigir a otro, debía servir, para ser gobernado por el más prudente. Pues no era propio del santo Patriarca, entregar a su hijo a la condición degenerada de la servidumbre: sino que, como buen padre, teniendo dos hijos, uno intemperante, el otro prudente y sobrio, para aconsejar a ambos, prefirió al sobrio sobre el intemperante, y estableció que el insensato obedeciera al prudente; porque el insensato no

puede ser voluntario discípulo de la virtud, ni perseverar en el estudio, porque el necio se cambia como la luna: y con razón le negó la libertad de su propio juicio, para que no flotara como un barco en las olas sin timonel: sino que lo sometió a su hermano, según está escrito: "El insensato sirve al prudente" (Prov. XI, 29). Por lo tanto, lo sometió correctamente, para que mejorara su afecto bajo el imperio del que gobierna. Por eso dice: "Vivirás por tu espada, y servirás a tu hermano" (Gén. XXVII, 34). Pues la piedad es señora de la crueldad, y la mansedumbre prevalece sobre los movimientos duros.

12. Sirve todo aquel que no tiene la autoridad de una conciencia pura: sirve quienquiera que se quiebre por el miedo, o se enrede en el placer, o sea conducido por las pasiones, o se exaspere por la indignación, o se abata por la tristeza. Pues toda pasión es servil; porque quien comete pecado, es esclavo del pecado, y lo que es peor, es esclavo de muchos: quien está sujeto a los vicios, se ha entregado a muchos amos, de modo que apenas le es posible salir del servicio. Pero aquel que es árbitro de su voluntad, juez de su consejo, intérprete de su juicio, quien refrena el apetito de la pasión corporal, quien hace bien lo que hace, y haciendo bien actúa correctamente, y quien actúa correctamente, actúa sin culpa e irreprochablemente, teniendo el poder sobre sus acciones; ese es verdaderamente libre. Pues quien actúa prudentemente en todo, y vive como quiere, ese es el único libre. No es la condición fortuita la que hace al siervo, sino la insensatez vergonzosa (Prov. VII, 2). De hecho, el siervo prudente gobierna a los amos necios, y los siervos expertos prestarán a los amos. ¿Qué prestarán? No ciertamente dinero, sino sabiduría, como también dice la Ley: "Prestarás a muchas naciones: pero tú no tomarás prestado" (Deut. XV, 6). Pues el judío prestó al prosélito los oráculos de la ley divina. Pero como él mismo no pudo ver los misterios de la Ley, y no conoció los oráculos que tenía, quien prestaba la letra a las naciones, ahora de ellas toma prestada la gracia de la doctrina espiritual: y con razón está sujeto a la servidumbre; porque quien toma prestado, es siervo, como entregado al interés del acreedor: pero quien imparte el interés de la doctrina piadosa, ese es príncipe, como dice la Ley: "Serás príncipe de muchas naciones: pero de ellas no habrá príncipes sobre ti" (Ibid.). Pues es príncipe quien gobierna, quien tiene el principado de la sabiduría, que tuvo el pueblo judío. Pero como no pudo guardar lo que enseñaba, debe aprender lo que no supo enseñar.

13. Esto es, por tanto, lo que dice el patriarca Isaac: "Servirás a tu hermano. Pero será cuando hayas quitado y roto su yugo de tu cuello" (Gén. XXVII, 40), significando que habrá dos pueblos, uno hijo de la esclava, otro de la libre (pues la letra sirve, la gracia es libre) y que ese pueblo que se dedica a la letra, será siervo mientras siga al intérprete de la doctrina espiritual. Entonces también sucederá lo que dice el Apóstol: "Para que el remanente sea salvo según la elección de la gracia" (Rom. IX, 27). Servirás, por tanto, a tu hermano: pero entonces sentirás el provecho de la servidumbre, cuando comiences a obedecer a tu hermano voluntariamente, más que obligado.

CAPÍTULO IV.

Esaú amenaza con matar a su hermano, ocasión en la que se proponen preceptos para apaciguar la envidia. Jacob, al dirigirse a Labán, es reconfortado en el camino por la aparición de ángeles, y luego es enriquecido.

14. De aquí surgió la envidia, y Esaú amenazaba con que después de la muerte de su padre mataría a su hermano. Pero si eso sucediera, aprendamos de Rebeca cómo prever para que la envidia no excite la ira, y la ira no se precipite en el parricidio. Que venga Rebeca, es decir, que se introduzca la paciencia, buena guardiana de la inocencia, que aconseje dar lugar a la ira. Retirémonos a algún lugar más lejano, hasta que con el tiempo se suavice la indignación,

y se insinúe el olvido de la ofensa. Así, la paciencia no teme el exilio, sino que lo asume diligentemente: no tanto para evitar el peligro de la salud, como para evitar el incentivo del crimen. También la madre piadosa tolera la ausencia de su hijo más querido, para darle más a aquel a quien ha herido: sin embargo, aconsejando a ambos, para mantener a uno libre de peligro, y al otro íntegro de crimen.

15. Hemos escuchado lo que la intemperancia, embriagada de deseos corporales, ha dicho, consideremos lo que hace la verdadera virtud. No busca nada más que la gracia de Dios: sigue solo ese bien supremo, se contenta solo con él, de quien hemos recibido todo; pero a él no le conferimos nada, porque no necesita nada, como dice David: "Dije al Señor: Tú eres mi Dios; porque de mis bienes no tienes necesidad" (Sal. XV, 2). Pues ¿de qué necesita, quien abunda en todo, y nos otorga todo, y nos ministra todo sin defecto?

16. Y Jacob partió, y durmió, lo cual es indicio de un ánimo tranquilo: y vio a los ángeles de Dios que subían y bajaban (Gén. XXVIII, 11), es decir, previó a Cristo en la tierra, a quien la multitud de ángeles descendía y ascendía, para ofrecer servicio a su propio Señor con piadosa servidumbre (Mat. IV, 11).

17. Y llegó al pozo, para beber de sus vasijas, y de las fuentes de sus pozos, y le rebosaron las aguas de su fuente (Gén. XXIX, 2). Pues el manantial de vida está en manos del justo.

18. Y llegó a Labán, y apacentó sus ovejas. La iniquidad permanece sin compañía: la sabiduría no omite el oficio de gobernar (Gén. XXIX, 19, y XXX, 28 y ss.): no sabe estar ociosa ni en lo ajeno, no sabe ser exiliada en tierras extrañas. Pues ¿cómo exiliada, quien en todas partes mantiene su derecho, y posee en sí lo que tiene?

19. El justo entra como mercenario; y es rector, quien recogía para sí un rebaño resplandeciente con el esplendor de muchas y excelentes virtudes mediante el ministerio de la predicación evangélica; para que, al ofrecer a las ovejas que iban a beber una vara de storax, de nogal y de plátano, con los hallazgos, deseando los prefigurados misterios de la Santísima Trinidad, no formaran partos descoloridos por la piadosa concepción de la mente. Buenas ovejas, que no produjeron partos degenerados de buenas obras de fe sagrada. Por el storax se significa el incienso y el sacrificio vespertino, que se ofrece a Dios Padre en el salmo. Por la vara de nogal se ofrece a Cristo el don sacerdotal (Sal. CXL, 2). Pues esta es la vara de Aarón que, puesta, floreció, en la cual brilló la gracia sacerdotal de la santificación (Num. XVII, 8). Por el plátano se significa la abundancia del fruto espiritual; porque a este árbol se le anexa la vid, para que, gozosa con su compañía, se extienda en partos fecundos. Pues los dones de la pasión del Señor, y la remisión de todos los pecados, acostumbran a ser dados con la gracia del Espíritu unida.

CAPÍTULO V.

Jacob, por mandato divino, regresa a su patria debido a la envidia de Labán y sus hijos. Si esta surge, cómo evitarla: también cómo el sabio nunca puede estar vacío. Después se expone el misterio designado en Labán, buscando el bien de su linaje, en Jacob y sus esposas.

20. Con estas cosas, como dice la Escritura, se hizo muy rico, nutriendo un buen rebaño para Cristo, a quien ennobleció con el título de fe y con los gloriosos distintivos de la variedad de virtudes. Por lo tanto, no se consideraba a sí mismo estrecho, opulento en el censo de la fe, y era llamado envidia por los hijos de Labán como el más opulento, quien había acumulado su rebaño con la adición del rebaño ajeno. Y Dios le dijo: "Regresa a la tierra de tu padre, y a tu

gente; y yo estaré contigo" (Gén. XXXI, 3), mostrando que nada le faltaba a quien tenía la plenitud de todo: que solo esto abunda perfectamente, en esto consisten todas las cosas, y todo se refiere a él. Nada le es superfluo necesario, a quien le sobra la paz fiel, por la cual reconciliar lo que primero estaba en desacuerdo. Y no es de extrañar que tuviera paz, quien había erigido una columna, y la había ungido para Dios, que es la Iglesia (Gén. XXXV, 20). Pues ha sido llamada columna y fundamento de la verdad (I Tim. III, 15). La unge quien vierte el unguento de la fe en Cristo, en los pobres de la misericordia.

21. Ahora consideremos cómo debe ser el hombre justo, si ha surgido la envidia. Primero, que la evite; pues es mejor irse sin disputa, que quedarse con riña. Luego, que posea tales cosas, que pueda llevar consigo; para que en nada pueda ser retenido por el adversario, sino que diga: "Reconoce si hay algo tuyo conmigo" (Gén. XXXI, 32 y ss.). Y Labán buscó, y no encontró nada suyo en Jacob. Gran hombre, y verdaderamente bienaventurado, quien no pudo perder nada suyo, ni tener nada ajeno, es decir, no tener nada menos, ni nada superfluo. Por lo tanto, él es perfecto, a quien nada le falta: justo, a quien nada le sobra. Pues esto es mantener la medida de la justicia. ¡Cuánta virtud cuya sociedad daba ganancia, no imponía pérdida! Esto es ser perfecto, dar mucho beneficio a los que se adhieren a él, no traerles ningún inconveniente.

22. De hecho, quien deseaba hacer daño, no pudo dejarlo vacío. Pues el sabio nunca está vacío (De poenit. dist. 2, cap. Sapiens), siempre teniendo consigo el manto de la prudencia, quien puede decir: "Me vestía de justicia, y me cubría de juicio" (Job XXIX, 14), como dijo Job. Pues estos son los velos internos de la mente, que nadie más puede quitar, a menos que alguien se despoje por su propia culpa. De hecho, así despojado, Adán fue encontrado desnudo: pero José, incluso rechazando el vestido exterior, no estaba desnudo, quien mantenía intactos los vestidos de la virtud. Por lo tanto, el sabio nunca está vacío. Pues ¿cómo vacío, quien recibe de la plenitud de Cristo, y guarda lo recibido? ¿Cómo vacío, cuya alma está llena, que guarda los vestidos de la gracia recibida? Es de temer que alguien pierda el velo de la inocencia, que los impíos, al sobrepasar los límites de la justicia por la impresión de la persecución sacrílega, arrebatan el vestido del alma y de la mente. Lo cual no sucede fácilmente, a menos que primero alguien se despoje por la voz de su propia iniquidad. Por eso también David dice: "Si hay iniquidad en mis manos... caeré merecidamente vacío ante mis enemigos: persiga el enemigo mi alma, y la alcance" (Sal. VII, 4 y 5).

23. Nadie, por tanto, de tus enemigos puede apoderarse de tu alma, a menos que primero haya sido vaciada. No temas, pues, a aquellos que pueden robar tus tesoros de oro y plata. Estos no te quitan nada. Pues te quitan lo que no tenías: te quitan lo que no podías poseer: te quitan lo que no adornaba tu alma, sino que la sobrecargaba: te quitan lo que no enriquecía tu corazón, sino que más bien lo deprimía. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mat. VI, 21), como has oído leer hoy. Muchos encierran su oro con cerrojos en sus puertas, pero ni siquiera confían en sus cerrojos y cerraduras: muchos ponen vigilantes, pero también suelen temer más a sus propios guardianes: muchos se acuestan sobre el oro enterrado; su oro está bajo tierra, y su corazón está bajo tierra. Cuida, pues, de no enterrar vivo tu corazón en la tierra. No temas, por tanto, a los ladrones de este oro. Debes temer a ese usurero, que examina la sustancia de tu alma, si has contraído alguna deuda grave de pecado, que encierra tu corazón en el suelo, que cubre tu alma con el mismo terrón con el que has cubierto el oro, que inclina tu mente con los intereses de las centésimas, y la sepulta en una tumba pesada, de la cual nadie resucita. Sigue al santo Jacob, que no tenía nada de los vicios ajenos, ni estaba vacío y falto de sus propias virtudes, que estaba lleno del fruto de la justicia. Pero esto es moral.

24. Aquello es místico, que vino a él Labán, es decir, blanqueado, porque también Satanás se transfigura en ángel de luz, y comenzó a reclamarle lo suyo. Jacob le respondió: Reconoce si hay algo tuyo conmigo (Gen. XXXI, 32), es decir, no tengo nada tuyo. Busca si reconoces algo de tus vicios y crímenes. No me llevé nada de tus fraudes, no tengo ninguna asociación con tus engaños, rehúyo todo lo tuyo como si fuera contagio. Y Labán buscó, y no encontró nada suyo. ¡Qué bienaventurado el hombre en quien el enemigo no encuentra nada que pueda llamar suyo: en quien el diablo no encuentra nada que pueda reconocer como suyo! Esto parecía imposible en un hombre, pero llevaba el tipo de aquel que dice en el Evangelio: Viene el príncipe de este mundo, y en mí no encontrará nada (Juan XIV, 30). Porque nada es todo lo que es del diablo, que no puede tener ninguna perpetuidad ni sustancia.

25. Pero el mismo Señor Jesús es quien fue prefigurado en Jacob, el esposo de dos matrimonios, es decir, un cierto consorte de la Ley y la gracia, que amó primero a la virgen Raquel, y la amaba con afecto piadoso como predestinada para él en matrimonio. Pero como Lea, como la Ley, se interpuso, y con ojos más débiles se deslizó como la Sinagoga, que por ceguera de mente no pudo ver a Cristo, sobreabundó la gracia de la santa Raquel (Gen. XXIX y ss.), que fue buscada por encima de aquel primer matrimonio, que ya entonces señalaba el futuro primado de la Iglesia con la interpretación de su nombre. Bienaventurada Raquel, que quitó el oprobio con su parto: bienaventurada Raquel, que escondió los cultos y errores de los gentiles, que declaró que sus ídolos estaban llenos de inmundicia. Que nadie crea que se lesionó la reverencia de la piedad paterna, porque estando su padre de pie, ella se sentó; porque está escrito: El que ama más a su padre o a su madre que a mí, no es digno de mí (Mat. X, 37). Donde se trataba de la causa de la religión, la fe debía tener el asiento del juicio, y la perfidia debía estar como acusada.

CAPÍTULO VI.

S. Jacob ve ángeles en el camino. Al encontrarse con su hermano, lo adora siete veces. Finalmente, al buscar la concordia con él, duerme en el campamento. Se explica el significado de todo esto.

26. Esto fue probado hasta el punto de que los ángeles de Dios se encontraron con el santo Jacob cuando partía. De hecho, vio los campamentos de Dios acercándose, y dijo: Estos son los campamentos de Dios (Gen. XXXII, 1 y 2). Pues a los perfectos y fieles suelen asistir las ayudas divinas. Sin embargo, el perfecto pensaba en la reconciliación fraterna; de tal manera que lo invitara con humildad, lo ganara con servicios, y pensara que también debía comprarse con regalos. Así que se encontró con su hermano con regalos, esposas y sus hijos; para que, incluso si él se indignara, se ablandara con los servicios de la relación.

27. Y adoró siete veces en la tierra (Gen. XXXIII, 3). ¿Qué significa esto? La Ley dice: Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás (Deut. VI, 13); y aquí adora al intemperante, iracundo, amenazante con un crimen parricida. ¿O adoró la tierra, aquella impregnada de sangre humana, infundida con venenos de serpientes, o la infeliz grava estéril, o las rocas duras y ásperas? ¿Qué significa también que adoró siete veces? La solución sería difícil, si no ocurriera aquello que a Pedro preguntando en el Evangelio: Si mi hermano peca contra mí, ¿cuántas veces le perdonaré, hasta siete veces? El Señor Jesús le respondió: No solo siete veces, sino hasta setenta veces siete (Mat. XVIII, 21 y 22). Por lo tanto, el santo Patriarca significa esto con espíritu profético, mirando al que vendría, que no solo ordenaría perdonar al hermano hasta siete veces, sino también hasta setenta veces siete; para que, por su contemplación, Esaú, convencido, perdonara al hermano la injuria que pensaba haber

recibido, y aunque herido, volviera a la gracia; porque por eso el Señor Jesús iba a tomar carne y venir a la tierra, para otorgarnos el perdón multiplicado de los pecados.

28. Finalmente, al buscar la concordia con su hermano, durmió en el campamento. La virtud perfecta tiene la tranquilidad y estabilidad del descanso; por eso el Señor reservó su don a los más perfectos diciendo: Mi paz os dejo; mi paz os doy (Juan XIV, 27). Porque es propio de los perfectos no ser fácilmente movidos por las cosas mundanas, no ser turbados por el miedo, no ser agitados por la sospecha, no ser sacudidos por el terror, no ser afligidos por el dolor: sino como en la orilla más segura, calmar la mente inmóvil con una estación fiel contra las olas insurgentes de las tormentas seculares. Este fundamento introdujo Cristo en las mentes cristianas, trayendo la paz interna a las almas de los probados; para que nuestro corazón no se turbe, ni nuestra mente se agite. El Apóstol doctor afirmó que esta paz está por encima de toda mente diciendo: Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y pensamientos en Cristo Jesús (Filip. IV, 7). Por lo tanto, el fruto de la paz es no ser perturbado en el pecho. De hecho, la vida del justo es tranquila, pero el injusto está lleno de inquietud y perturbación. Así que el impío se aflige más por sus propias sospechas que muchos por los golpes de otros: y las marcas de las heridas son mayores en su alma que en el cuerpo de aquellos que son golpeados por otros.

29. Es grande que alguien esté tranquilo dentro de sí mismo y esté en armonía consigo mismo. Fuera, la paz se busca ya sea por la providencia solícita del emperador, o por la mano de los soldados, o cede al evento próspero de las guerras, o por alguna exterminación de los bárbaros, si en su movimiento hostil vuelven sus armas contra sí mismos. En esa paz no hay virtud nuestra, sino que es un evento. Ciertamente, la gloria de esa paz se refiere al emperador: el fruto de esta paz está en nosotros, que está en las mentes de cada uno, que se mantiene por los afectos. El fruto de esta paz es mayor, que repele las tentaciones de la maldad espiritual, que el que repele las armas hostiles. Esta paz es más sublime, que excluye las seducciones de las pasiones corporales, y mitiga las perturbaciones, que la que calma las incursiones bárbaras. Porque es más resistir al enemigo encerrado dentro de ti, que al alejado.

CAPÍTULO VII.

Jacob lucha con Dios, y al tocar el nervio de su muslo, cojea. Los hermanos vengan la violencia infligida a Dina, lo cual desapruueba su padre Jacob. Se le ordena habitar en Betel, que prefigura a la santa Iglesia.

30. Así que Jacob, que había purificado su corazón de toda enemistad, y tenía un afecto pacífico, después de haber rechazado todo lo suyo, se quedó solo, y luchó con Dios (Gen. XXXII, 24 y 25). Porque quien descuida las cosas mundanas, se acerca más a la imagen y semejanza de Dios. ¿Qué es luchar con Dios, sino emprender la lucha de la virtud, y enfrentarse con el superior, y convertirse en un imitador de Dios más excelente que los demás? Y porque su fe y devoción eran insuperables, el Señor le revelaba misterios secretos, tocando la anchura de su muslo (Ibid.); porque de su generación iba a nacer el Señor Jesús de la Virgen, que no sería ni inferior ni desigual a Dios; cuya cruz señalaba la anchura del muslo asombrado; porque difundido por todo el mundo el perdón del pecado, sería salvador para todos, que con el asombro de su cuerpo y el sueño daría la resurrección a los difuntos. Por lo cual no sin razón salió el sol para el santo Jacob, cuya generación iluminó la cruz del Señor salvadora: al mismo tiempo porque el sol de justicia se levanta para él, que ve a Dios; porque él es la luz eterna.

31. Pero Jacob cojeó de su muslo: Por eso hasta hoy los hijos de Israel no comen el nervio (Gen. XXXII, 32). ¡Ojalá lo hubieran comido y creído! Pero como no iban a hacer la voluntad de Dios, por eso no lo comieron. También hay quienes interpretan que Jacob cojeó de un muslo porque de los dos pueblos que manaban de su generación, ya entonces se declaraba que el estupor de uno respecto a la gracia de la fe iba a ser futuro. Por lo tanto, es el pueblo que cojeó con el estupor de la infidelidad.

32. De hecho, no mucho después de esta revelación, cuando la hija de Jacob, Dina, fue violada y deshonrada en su virginidad por el hijo de un extranjero, sus hermanos, que no entendieron el misterio, mataron a los extranjeros que ofrecían la sociedad de la fe a través de la unión de la familia, por el afán de venganza. Pero Jacob, que amaba la clemencia con mansedumbre moral, o preveía con espíritu místico el sacramento de la Iglesia que se congregaría de las naciones, recibió con pesar y a regañadientes aquella escena de venganza ejecutada. Por lo cual, al profetizar la venida del Señor Jesús, se le dio una respuesta divina: Levántate, sube al lugar de Betel (Gen. XXXV, 1), es decir, a la casa del pan, donde nació Cristo, como el profeta Miqueas testificó diciendo: Y tú, Belén, casa de Efrata, no eres la menor para estar entre los príncipes de Judá. De ti saldrá un príncipe de Israel, y su salida es desde el principio, desde los días de la eternidad (Miq. V, 2). Verdaderamente casa del pan, que es la casa de Cristo, que nos vino como pan salvador del cielo; para que ya nadie tenga hambre al adquirir para sí el alimento de la inmortalidad. Allí se ordena al Patriarca habitar, allí hacer un altar a Dios que se le apareció. Allí recibió los dioses extraños, y los escondió bajo el terebinto: allí también fue sepultada Raquel en el camino de Efrata, esto es, Belén. Allí también Jacob erigió una columna sobre su monumento (Gen. XXXV, 1 y ss.).

33. ¡Cuántos misterios, porque para ti es la Iglesia de Dios, en la que Dios aparece y habla con sus siervos! Allí se arrancan y esconden los ídolos de las naciones. Pues la fe de la Iglesia ha abolido toda observancia de la gentilidad. Pero ¿por qué los escondió bajo el terebinto, pregunto? Ciertamente, esa especie es infructuosa. Allí, pues, están los dioses de las naciones, donde no hay fruto. Allí se entierran los pendientes de los gentiles que dieron a Jacob, para que ya se acostumbren a escuchar una nueva lengua; no conozcan el antiguo sonido de la infidelidad, se ensordezcan sus oídos al sacrilegio, y se purifiquen para la gracia. No sin razón allí el santo Daniel descubrió el falso testimonio contra Susana. Pues allí quería aún la infidelidad colocar sus raíces: pero no pudo ocultarse, porque fue descubierta por el espíritu profético. Sin embargo, el error del presbítero fue congruente con la verdadera confesión, para que allí dijera que la castidad estaba contaminada, donde los ídolos de las naciones estaban enterrados. Pero la verdad de la Iglesia no cubrió la infidelidad, sino que la escondió, y obstruyó los oídos de la gentilidad.

34. También convenientemente allí fue sepultada la santa Raquel; porque todos los que son bautizados en Cristo, son sepultados con Cristo. Así se nos enseña diciendo el Apóstol: Porque fuimos sepultados con él por el bautismo en la muerte; para que como él resucitó de los muertos por su propia virtud, así también nosotros resucitemos por su gracia (Rom. VI, 4). Entonces, en verdad, se esconde todo error de los gentiles, cuando alguien ha sido lavado de los vicios; porque nuestro viejo hombre, crucificado, ya no sabe servir al viejo pecado. También adecuadamente se erige una columna sobre el monumento de Raquel; porque la Iglesia es columna y fundamento de la verdad.

CAPÍTULO VIII.

Sobre la loable vejez de san Jacob, en la que prevé las cosas futuras e inciertas, así como el fin de su vida; además, dispone lo que debe hacerse.

35. Pero Jacob envejeció; y ya antes había envejecido en costumbres: pero en él competían la vivaz energía de la juventud y la tranquilidad de la vejez. Pues hay una vejez verde en gracia, y una juventud cana en consejos, de la cual dice la Escritura: Porque la vejez es venerable. Y, La edad de la vejez es una vida inmaculada (Sab. IV, 8 y 9). De esta vida fue Jacob, quien con buenas obras anticipó el tiempo de la larga vejez; para que también cosechara su fruto antes de tiempo, y no temiera sus últimos días en el tiempo. Bienaventurado ciertamente el joven que vive bien: pero bienaventurado también el anciano que ha vivido bien. Pues lo que el joven espera, el anciano lo ha alcanzado: lo que el anciano fue, esto desea ser el joven. Ciertamente, este es arrojado por las olas de un mar inquieto, con un curso más largo aún por delante; pero el anciano está como en un puerto, así en la estación de la vejez. Así era Jacob, quien poseía los bienes apenas esperados por los jóvenes, ya cerrados y sellados con la llave segura de la gracia. Pues lo que posees es más valioso que lo que aún esperas. Por tanto, Jacob era un anciano, a quien los jóvenes, golpeados por alguna tempestad adversa del tiempo, se acogían como a un puerto: pero él, como en una atalaya de esta vida, con afecto solícito, prevenía de antemano los remedios para las cosas inciertas.

36. De hecho, había hambre en toda la tierra (Gen. XLII, 1 y ss.), y el anciano, aunque postrado, fue el primero en saber lo que los jóvenes activos ignoraban, observa si lo oyó primero. Fue el primero en advertir a sus hijos que en Egipto abundaban los granos, y que debían ir allí para comprar lo que les fuera necesario (Gen. XLIII, 11). También con gusto accedía a los consejos de los jóvenes, para enviar también al hijo menor. Y cuando le informaron que su hijo José vivía, con el cuerpo quebrantado pero con la virtud del ánimo viva, no esperó a que el hijo viniera a él, sino que él mismo fue al hijo (Gen. XLV, 28). Pues la medida del orden no prevalecía sobre la piedad. Por tanto, no sintió los impedimentos de la fatigada vejez cuando partió. Pues la piedad aligeraba el trabajo. Sin embargo, cuando, habiendo recibido el fruto de su hijo, después de haber transcurrido algún tiempo, es decir, diecisiete años, que según aquella longevidad de los Patriarcas es un tiempo de escasa porción, reconoció que el fin de su vida se acercaba. Llamó a su hijo José, y lo obligó como futuro heredero de su generación, a que no lo sepultara en Egipto (Gen. XLVII, 29). Y habiendo recibido la promesa, cuando poco después enfermó, y vino a él su hijo José, como si hubiera recobrado fuerzas, se sentó sobre su lecho, y bendijo a los Patriarcas doce, y profetizó (Gen. XLIX, 1).

CAPÍTULO IX.

Jacob, próximo a la muerte y ciego, sin embargo, se muestra bienaventurado: además, se propone su múltiple encomio; pero sobre todo por las bendiciones de los Patriarcas; y finalmente se concluye que ni él ni ningún otro de los santos debe ser considerado menos bienaventurado por las aflicciones.

37. Que digan ahora algunos que Jacob no es bienaventurado, cuando estaba en los mismos días de la muerte, quien casi más con Dios que con los hombres mezclaba sus palabras: no bienaventurado cuando sus ojos se oscurecieron en la vejez, y no podía ver. Pues a algunos les parece que la ceguera es una grave calamidad. Pero entonces también Jacob era bienaventurado, porque discernía con el espíritu lo que no podía discernir con los ojos y la vista. Veía el futuro, quien se consideraba que no veía el presente. De hecho, también José se equivocó, cuando al haber colocado a su hijo mayor a la derecha de él, y al hijo menor a su izquierda, es decir, de Jacob, para que el orden de la edad guardara el orden de la bendición; extendió su mano derecha sobre el nieto menor, y la izquierda sobre el nieto mayor, y al querer el hijo convertir la mano derecha paterna sobre Manasés el mayor, respondió: Sé, hijo,

sé, y este será un pueblo, y este será exaltado: pero su hermano menor será mayor que él. Y añadió la causa de la preeminencia diciendo: Su descendencia será multitud de naciones (Gen. XLVIII, 18 y ss.). Tanto que, aunque con la vista del cuerpo impedida, veía mejor, que enseñaba al que veía que había errado. Pues ¿quién ve mejor que quien ve a Cristo? ¿O quién puede decir que está impedido de los ojos, quien veía en Cristo resplandecer la Iglesia? ¿No está claro, pues, que la debilidad no puede impedir la bienaventuranza? Aquel impedido del don de los ojos, aquel con las fuerzas del cuerpo fatigadas, dejando el cuerpo en el lecho como en un sepulcro, se levantó en sí mismo, y lejos de los demás, y recogido dentro de sí mismo, se sustrajo de las cosas presentes, y se mezclaba con la edad futura de los últimos días. Pues así está escrito: Os anunciaré, dice, lo que os sucederá en los últimos días (Gen. XLIX, 1).

38. ¿Qué le faltaba, pues, a aquel a quien Dios acompañaba, quien al partir le había dicho: Descenderé contigo a Egipto, y yo te llevaré a la eternidad (Gén. XLVI, 3 y 4)? Y no le faltó, cuando en él hablaba el Espíritu Santo. ¿Quién tan poderoso en su propia casa, como este en tierra ajena? ¿Quién tan abundante en fertilidad, como este en el hambre? ¿Quién tan fuerte en la juventud, como este en la vejez? ¿Quién tan activo en el negocio, como este en el ocio? ¿Quién tan veloz en la carrera, como este en el lecho? ¿Quién tan alegre en el florecer de la adolescencia, como este en el umbral de la muerte? ¿Quién tan rico en el reino, como este en lugar extranjero? Finalmente, bendecía a los reyes (Gén. XLVII, 7). Y no sin razón no era pobre, quien no carecía de nada. No era pobre, quien no se consideraba pobre. ¿Y quién diría pobre a aquel cuya conversación no era digna del mundo? Y por eso su conversación estaba en el cielo. Este, verdaderamente rico en las riquezas de la simplicidad y sinceridad, hermoso más por la belleza del alma que del cuerpo, que no sabe marchitarse, ágil en la edad, a quien le era permitido, cuando quisiera, salir de esta prisión corporal, y penetrar con el vigor de la mente en el paraíso celestial, exultante en espíritu, cuando encomendaba los últimos ritos del sepulcro. No pensaba que sería encerrado en una tumba terrenal, sino recibido en una morada celestial; y por eso encargaba el sepulcro como para otro: seguro de sí mismo, consideraba aquella muerte como inmortalidad. Parecía estar atado por el impedimento del cuerpo, y con afecto vigilante se adelantaba a los tiempos futuros, hablando de los perseguidores del Señor, que de la tribu de Simeón y Leví eran autores de maldad: En su consejo no entre mi alma, y en su reunión no se unan mis entrañas (Gén. XLIX, 6). ¿Y quién tan fuerte en virtud, como este fuerte en la debilidad, que decía: Maldito su furor, porque es soberbio y temerario; y su ira, porque es dura. Los dividiré en Jacob, y los dispersaré en Israel (Ibid. 7).

39. ¿Quién tan melodioso en cantos, como este en voces, que fue oído por todo el mundo, que es escuchado por todos los pueblos, por todas las edades? ¿Quién tan dulce en el número de las siete diferencias de voces, como este que resonó con la gracia séptuple del Espíritu Santo? Aunque debilitado en sus miembros, sin embargo, elevándose en ánimo y erigiéndose en espíritu, despreciaba con alta mente la armonía de su cuerpo, como de una cítara, destruida por la descomposición de los miembros, no la requería, sino que permitía que yaciera ociosa en el suelo. Él mismo se deleitaba con un canto interno, y se complacía con un modulador profético diciendo: Judá, te alabarán tus hermanos: tus manos estarán sobre la espalda de tus enemigos: te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de león, Judá: de mi germen has ascendido: recostado dormiste como león, y como cachorro de león. ¿Quién lo despertará? (Gén. XLIX, 8 y ss.) Y más adelante: Lavará en vino su vestidura, y en la sangre de la uva su manto. Sus ojos brillantes por el vino, y sus dientes más blancos que la leche (Ibid., 11 y 12). ¿Qué canto más dulce, qué sonido más suave, que la remisión de los pecados y la resurrección de los muertos? Este canto lo entonó el santo David, aquel órgano de la voz divina, y el intérprete del sermón del Señor con la cítara espiritual. Con estos módulos de

gracia calmaba aquel sublime ánimo y mente. Con este canto mitigó las asperezas de este mundo, con este sonido ablandó las durezas del siglo, con este salterio rompió el terror de la muerte, con esta suavidad de cuerdas pisoteó el infierno.

40. Pero escuchemos también otras cosas que el santo Jacob, el patriarca, increpó con aquel admirable órgano de su mente: Neftalí es una vid extendida, que en su germen extiende su belleza. Mi hijo José ha sido engrandecido, mi hijo ha sido engrandecido, mi hijo deseado por el celo, mi hijo, mi hijo más joven, vuelve a mí (Ibid. 21 y ss.). Y más adelante: Prevalció sobre las bendiciones de los montes eternos, y los deseos de las colinas eternas (Ibid., 26). ¿Qué más dulce que la bendición? ¿Qué más grato que la eternidad? Y esas mismas palabras son canto, y en las palabras hay grandes premios de votos, cumbres de méritos.

41. ¿Qué más dulce que el santo José, que nos liberó del oprobio, por el sacramento de la cruz del Señor? Pues así como Cristo se hizo maldición, para liberar la maldición de la Ley; y se hizo pecado, para quitar el pecado del mundo: así se hizo oprobio, para quitar el oprobio de la gentilidad: pero aquel oprobio de Cristo fue estimado más precioso que los tesoros de Egipto. Y por eso Moisés dejó la corte del rey Faraón, y eligió el oprobio de la fe, al cual se dividían los mares con oprobio. Él es, pues, Neftalí, la vid extendida por todo el mundo, para infundir a todos los pueblos la fertilidad del cáliz espiritual. Él es engrandecido, teniendo un nombre sobre todo nombre, quien porque se ofreció a la muerte por todos, por eso oyó del Padre: Vuelve a mí. Hablaba Jacob, y Dios era escuchado. Él bendecía, y Dios resonaba diciendo al Hijo: Vuelve a mí, esto es, después de la pasión vuelve. Vuelve a tu sede, vuelve con el trofeo, vuelve a mí; para que resucitando te sigan los difuntos, y por tu poder, y ejemplo resuciten, para que seas el primogénito de los muertos, para que te sientes a la derecha del Padre. Por eso también el Hijo dijo: Desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del poder de Dios (Mat. XXVI, 64).

42. ¿Negará alguien que Jacob fue bienaventurado en el mismo supremo de la muerte, quien derramaba oráculos divinos? ¿Negará que José fue bienaventurado en la cárcel, donde con el espíritu de sabiduría interpretaba los sueños que había oído, y revelaba la verdad y la serie de los futuros? ¿Negará que Isaías fue bienaventurado, cuando fue cortado por la mitad; Jeremías, cuando fue sumergido; el santo Daniel, cuando estaba entre los leones intrépido, y el profeta arrebatado por el ángel le llevaba comida? No ciertamente bienaventurado porque comía comida ajena: sino porque con sus méritos cerraba las bocas hambrientas de los leones. ¿Y quién no diría bienaventurada a la madre de los Macabeos, que añadió su propio funeral al de sus siete hijos para la alabanza del triunfo celestial?

CAPÍTULO X.

Cuán grande fue la alabanza para el sacerdote Eleazar por soportar con constancia los suplicios, por los cuales debe ser juzgado verdaderamente bienaventurado.

43. Ni a ti, Eleazar, te pasaré por alto, como sacerdote siendo sacerdote, sino ayudado por tus oraciones: quien siendo sacerdote por linaje, experto en la Ley, maduro de edad, cuando fuiste presentado a Antíoco el perseguidor, no pudiste ser capturado por tentaciones, ni doblado por premios, ni quebrado por la amargura de los suplicios (II Mac. VI, 18 y ss.). Finalmente, comenzó con halagos, porque juzgaba que sus tormentos podían ser superados. Me avergüenzo, dijo, de tu canicie, reverencio tu vejez, admiro tu prudencia: ¿por qué crees que debes abstenerte de los buenos manjares que la naturaleza ofrece? Relaja tal obstinación, despierta alguna vez, mientras aún prefiero persuadirte con el mal, que extorsionarte; no sea que vencido por los suplicios hagas lo que rehúsas invitado por la razón. A esto respondió el

anciano: No nos guía la intención, Antíoco, sino que nos retiene la reverencia de la Ley, que ordena abstenerse de la carne de cerdo. Juzgas que es la más hermosa criatura; sin embargo, no puedes negar que la templanza es mejor que el placer, la obediencia a la ley mejor que la transgresión. Si esto lo consideras leve, que comamos carne de cerdo: quien desprecia la ley en lo mínimo, ¿cómo la mantendrá en lo grande? O si esta criatura es preciosa; te vengas, cuando con lo que es más hermoso, nos defraudas. Nuestra abstinencia es disciplina de castidad. Aprendemos a cortar la lujuria, vencer los deseos, excluir las concupiscencias, oponernos a las delicias del cuerpo. También es ejercicio de fortaleza, no ceder a las penas por la Ley. También es insignia de justicia y prudencia, para que lo que elegimos seguir por temor de Dios, lo conservemos propuesto ante la muerte. ¿Quién ordena comida a los libres? ¿Quién se ofrecerá a sí mismo para ser ridiculizado para servir en esto, y no será ridiculizado? No soy tan anciano, que no me rejuvenezca la fortaleza del ánimo.

44. Suspendido, pues, cuando de un lado y otro era gravemente golpeado, y ya no soportaban sus miembros seniles las penas de los golpes, con los verdugos y extensores cansados, caído en tierra mantenía una mente inflexible. Y uno, ya sea compadecido por la larga edad, ya sea deseando rodearlo con tentaciones: Responde, dijo, solamente que vas a comer: nosotros te mantendremos libre de esa comida. Pero él clamando: De ninguna manera, dijo, me suceda que siendo anciano me convierta en incentivo del error juvenil, quien hasta ahora era modelo de saludable enseñanza. ¿Con estos engaños ganaré un poco de vida, y dedicaré los trabajos de toda la vida al viático de una breve vejez? La vejez debe ser un puerto, no el naufragio de la vida superior. No te negaré, Ley patria; no renegaré de vosotros, santos institutos de los mayores, no os deshonraré, ínfulas sacerdotales; no te ensuciaré con el polvo de la perfidia, canicie, en público. ¿Qué más? Muriendo en los tormentos se convirtió en un magisterio de perseverancia para los demás, quien había sido elegido como ejemplo de debilidad. Bienaventurado, pues, en quien los tormentos no pudieron vencer la razón. ¿No es bienaventurado, quien pudo ser vencedor de las penas con la virtud del ánimo, y con el remo de la piedad mantener íntegra en tantos oleajes la pasión?

CAPÍTULO XI.

De la admirable paciencia y fortaleza de los siete hermanos Macabeos, a los que se añadió la madre como octava, quienes con sus suplicios adquirieron el mérito de la vida bienaventurada.

45. Después de él fueron presentados los siete jóvenes con su madre (II Mac. VII, 1 y ss.). Se puede insultar al tirano, quien mientras astutamente pensaba que debía comenzar por el anciano, eligió un maestro para hacer a los discípulos más fuertes, cuya edad infantil provocaba con premios al error, urgía con terrores al miedo. Pero ellos, no degenerados de tan gran líder, respondieron: ¿Por qué nos desprecias o engañas, como a niños? Pero la fe es cana, pero la disciplina es fuerte. Prueba ciertamente, somete a las penas que quieras las entrañas infantiles, no encontrarás corazones infantiles: ni serán más poderosas las máquinas de los tormentos, que las vigiliadas de la observancia legítima. A quien venció la vejez, lo superará la juventud emuladora de la vejez. Seguimos al padre como hijos, al maestro como discípulos. Reúne los instrumentos de los suplicios propuestos: traen la meditación de la paciencia, no el terror de la infancia, mientras se ven.

46. Ordenó elegir al mayor de edad. Y él riendo: Correctamente, dijo, guardas el orden de la naturaleza. Pero, ¿por qué piensas que la ley de Dios debe ser violada? Y por piedad todos somos los mayores: pero sin embargo, me alegro de que se haya comenzado por mí. ¿Qué buscas, tirano? Confieso que servimos al Dios supremo, y enseñas lo que debemos hacer. Si

tú con tanta pertinacia quieres extorsionar la verdad, ¿por qué no debemos pensar con toda virtud que debemos mantenerla? ¿Qué más? Se aplican diversos géneros de penas. Pero la piedad venció la furia de la inhumanidad: fue excluida el alma, no la religión.

47. Se acercó el segundo, no degenerado, cumplió los deberes de la piadosa confesión (Ibid., 7 y ss.). Y cuando le arrancaban la piel de la cabeza, respondió: Quitáis la piel, pero tengo el yelmo espiritual, que no podéis quitar. Y verdaderamente este yelmo nadie puede quitar, como después el Apóstol enseñó en la Iglesia del Señor: Porque la cabeza del hombre es Cristo (I Cor., XI, 3). Y, somos sus miembros (Efes., V, 30). Correctamente el joven preveía con espíritu divino esta doctrina apostólica. Las bestias inhumanas despojaban la piel de la cabeza, y con ferocidades de leopardos se ensañaban. Pero él desfalleciendo: ¡Qué dulce es, dijo, morir por la religión, qué suave toda amargura de la muerte por la piedad; porque permanece la recompensa de estos trabajos! Tus tormentos, rey, son más graves: tú te torturas más vehementemente con tus suplicios; porque ves que eres vencido en el poder.

48. Y muerto este, ordenó que se presentara el tercero (II Mac. VII, 1, 10 y ss.). Y cuando lo tentaba con engaños, deseando por un lado aterrorizarlo, respondió a él: No haré tu voluntad, no sucumbiré a tu mandato. Por aquella bienaventurada pasión de mis hermanos, y nobleza, no negaré la piadosa hermandad. Aplica cualquier suplicio, con los cuales más urgido logres con la aspereza de las penas, que recibas mayores testimonios de nuestra hermandad. Ordenó entonces que le amputaran la lengua. Pero él exclamando: Has sido vencido, dijo, Antíoco, que ordenas cortar el órgano de la voz. Confesaste que no puedes responder a la razón, y pruebas que los azotes de nuestra lengua son mayores que tus golpes. Nosotros no tememos tus golpes, tú no puedes soportar los azotes de nuestra voz; pero estos son azotes de piedad, tus azotes de perfidia; pero incluso la lengua quitada te azotará más gravemente con su caída. ¿Piensas escapar, Antíoco, si quitas la voz? Y aun callados Dios escucha, y más escucha. He aquí que abrí mi boca, solté mi lengua, corta la lengua; pero no cortarás la constancia, no quitarás la virtud, no borrarás la razón, no quitarás el testimonio de la verdad, no quitarás el clamor del corazón. Si se amputa la lengua, la sangre clamará, y se te dirá: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí (Gén. IV, 10). Porque oye la voz de la sangre, quien oye los pensamientos internos, aunque las tinieblas cubran, y los muros rodeen. Diga el impío, porque ningún testigo le asiste: explora todo, ve todo Dios; ni hay crimen alguno que pueda ocultarse al juez de todos, que conoce todo antes de que suceda. ¿Qué palabras damos? Las heridas son más locuaces: y aunque las heridas se oculten, aunque se esconda la cicatriz, no se oculta la fe. Sin embargo, no te alegres de que al quitar la lengua, arrebatas la confesión de alabanza. Ya hemos alabado bastante a Dios con palabras, ahora alabémoslo con la pasión.

49. Y muerto este, ordenó que el cuarto fuera atado a la rueda, para que con su giro se disolvieran todos sus miembros (Ibid. 13). Pero él mientras era torturado inhumanamente: Disuelves, dijo, los miembros del cuerpo; pero añades gracia a la pasión, ni quitas consuelo a la muerte. Porque hay voz de trueno en la rueda, porque en el buen y sin tropiezo curso de esta vida resuena el oráculo celestial, como en Juan y Santiago hijos del trueno resonaba. Así que aquello que leí, ahora lo reconozco más claramente: Porque la rueda corre dentro de la rueda, y no se impide (Ezequiel I, 16 y 17). Porque la vida tersa sin ofensa alguna en cualquier pasión se mueve, y dentro de estas también la rueda corre. Corre la Ley dentro de la gracia, y la observancia de la Ley está dentro del curso de la misericordia divina: porque cuanto más se mueve, más se prueba. Es mejor aquí soportar adversidades de los impíos, para que allí podamos encontrar consuelo del Señor. Y este completando su curso rompió el espíritu, y exhaló el alma victorioso.

50. Al quinto le ordenó que se le aplicaran primero golpes, luego que se le acercaran llamas, que se le aplicaran incendios (Ibid., 15 y ss.). La sangre manaba de las heridas, y de las úlceras abiertas, la sangre derramada apagaba las mismas llamas. Pero él entre los crujidos del fuego se le oía decir: Gracias a ti, Señor, que nos diste decir: Pasamos por el fuego (Sal. LXV, 12). Y como en otro lugar dice tu mismo Profeta: Nos examinaste con fuego, como se examina con fuego la plata (Ibid., 10). Estaré ante ti como oro purificado por el incendio; y si hubo alguna culpa, el fuego la consumió. Así que este también transfigurado de la corrupción a la incorruptibilidad, exhaló la vida.

51. Al sexto también se le aplicaron tormentos (II Mac. VII, 18 y 19). Pero él: No, dijo, te equivoques en vano, y atribuyas a tu poder, que ejerzas esto contra nosotros. Este es el precio de nuestros delitos, para que pecando seamos castigados. Y gracias al Señor, que aquí se nos exigen nuestros pecados dobles, para que allí se nos lleve consuelo. Y gracias también a ti, que eres tan duro e implacable, para que con tales nuestros suplicios el Señor en quien pecamos, sea propicio a nuestra gente. Nosotros también aliviarnos la carga, mientras nos deleitamos con las pasiones de la fe. Y este desgarrado por duros y ásperos suplicios, fue añadido a sus hermanos.

52. Quedaba el más joven de los hermanos, y ya Antíoco se avergonzaba de haber sido así burlado por la inmadura edad (Ibid., 24). Así que deseando rodearlo con engaños, le prometía honores, riquezas, su amistad, el consorcio de secretos. Pero la piadosa madre aconsejaba a su hijo, diciéndole a este como a los demás: No sé cómo entrasteis en mi vientre, ni yo os di el espíritu, ni formé los miembros: sino que estos son dones del Dios omnipotente (Ibid., 22). Antíoco pensó al ver a la madre preocupada, que temía por su salvación, también comenzó a persuadirla, para que apartara a su hijo de su intención. Pero ella con voz patria decía al hijo: Tú solo quedas, hijo, la suma de mis votos; tú último cerraste mis partos, tú último concluye mis alegrías. Ten piedad de mí, que te llevé en el vientre durante el curso de tantos meses; no confundas mi vejez en un momento, no deshones los trofeos de tus hermanos, no abandones su sagrada compañía, no dejes su consorcio. Aún te esperan estos triunfos. Mira al cielo, de donde tomaste el espíritu, al Padre de todos; mira a la tierra, que antes te proveyó de alimento; mira a los hermanos, que buscan un colega; mira a la madre, que te dio leche; devuelve la recompensa de la sangre piadosa; no te separes de los hermanos, no te separes de la madre. Las riquezas que promete Antíoco son temporales, los honores temporales: la corona perpetua que es llevada por Dios omnipotente. El Señor me dio siete luces de días, ya cerré el sexto día, y todas las obras son muy buenas. Me debes, hijo, que en lo que trabajé en esos seis, en ti descansa el séptimo, como ya libre de las obras del mundo. Así que el joven lanzándose dijo: ¿Qué esperáis? (Ibid., 30 y ss.) Y clamando mucho, que de ninguna manera podía ser separado de la compañía de los hermanos, cuyos funerales eran mucho más bienaventurados que los imperios del rey, mientras urgía con insultos al rey, y él mismo torturado con amargos géneros de tormentos, concluyó el don de esta vida.

53. La última madre fue ofrecida a la muerte (Ibid., 41). ¿Quién negará que esta bienaventurada, rodeada como por siete fortalezas, no siente el ataque de la muerte entre los cuerpos de sus hijos? ¿Quién, digo, dudará de su bienaventuranza, que rodeada por siete torres, levantó su cabeza hacia la sede del paraíso; que, ceñida por siete hijos, llevó al coro más sagrado a Dios, no solo con voces melodiosas, sino también con pasiones, para entonar alabanzas al Señor en los altares celestiales? ¿Qué buen fruto de la fe, qué puerto seguro de piedad, qué lámpara espléndida de la Iglesia brillando con luz séptuple, y con un octavo útero suministrando aceite a todas las luces! De quienes se dice bellamente: Dad parte a siete, y también a ocho (Ecles. XI, 2), ya que en ambos números alcanzan la comunión de la gracia,

nutridos en la Ley, coronados por la gracia, siete como en el sábado, ocho como en el Evangelio, con la madre piadosa añadida como suplemento de la pasión, que en tales hijos dio a luz y parió la forma íntegra de la piedad.

CAPÍTULO XII.

Elogio elegantísimo de aquella bienaventurada madre de siete hijos mártires.

54. Vuelven a la memoria las palabras de la santa mujer diciendo a sus hijos: Yo os engendré, yo os infundí la leche, no perdáis vuestra nobleza. Así otras madres suelen apartar a sus hijos del martirio, no llamarlos. Pero esta madre ponía su afecto materno en persuadir a sus hijos más a la vida eterna que a la temporal. Así, la madre piadosa contemplaba las luchas de sus hijos; y aunque se conmovía por la compasión de sus entrañas maternas, sin embargo, reprimía el dolor por el celo de la piedad. Y cuando Antíoco ofrecía, pudiendo elegir la salvación de sus hijos, prefería el peligro: y reprimiendo los gemidos de la naturaleza, deseaba que las penas de sus hijos aumentaran, para que la muerte se acercara más rápidamente. Vemos los votos de la madre convertidos hacia sus hijos; para no dejar a ninguno sobreviviente, sino adquirir a todos como coherederos piadosos de la muerte.

55. Pero tampoco los hijos eran menores que tal madre, quienes se animaban mutuamente, quienes decían con un solo propósito y con una cierta agudeza de ánimo: Derrotemos el ímpetu de la muerte adversa. Entonces viviremos, cuando hayamos muerto. Que nadie abandone el orden de la piedad, que nadie se retire de la batalla triunfal. No al hombre, sino al Dios omnipotente dedicamos nuestras almas: no al hombre, sino al creador de todo servimos. Tal es esta lucha, que aquel vencerá más gloriosamente quien haya sido asesinado más cruelmente. Así que nadie temió, nadie se estremeció, ninguno de tantos hermanos fue más lento hacia la muerte: sino que todos corrieron hacia la muerte a través de amargos suplicios como si fuera el camino a la inmortalidad; y la madre, viendo las filas concordantes de sus hijos, ofrecía como alma piadosa los miembros de su cuerpo en sus hijos, y a través de sus propios miembros parecía someterse a los tormentos deseados.

56. Los hijos caían ulcerados por los tormentos, muertos se revolcaban sobre muertos, cuerpos sobre cuerpos se volvían, cabezas sobre cabezas se cortaban. El lugar estaba lleno de los cadáveres de los hijos, la madre no lloró, no se lamentó; no cerró los ojos de ninguno, ni cerró la boca del moribundo; no lavó las heridas, sabiendo que serían más gloriosos si se veían destripados y cubiertos de polvo y sangre, como suelen regresar los vencedores de la guerra, como suelen traer trofeos de los enemigos. No consideró necesario cubrirlos con velos, ni seguir sus exequias, a menos que también fuera con el acompañamiento de su propia muerte. ¿Qué cítara emitiría cantos más dulces que los hijos moribundos en tan graves suplicios? Pues el gemido de la naturaleza brotaba, incluso contra su voluntad. Se veían los cadáveres de los muertos en orden como las cuerdas de un instrumento, se escucharía el salterio de siete cuerdas resonar con gemidos triunfales. No así aquellos cantos seductores de las Sirenas, como dicen, atraerían al oyente: pues aquellos llevaban al naufragio, estos a la victoria del sacrificio. Ni así los cantos de los cisnes acariciarían los oídos y el alma: los cisnes mueren por el destino de la naturaleza, estos morían por amor a la piedad. Ni así resuenan los murmullos roncros de las palomas en el secreto del bosque, como resonaban las últimas palabras de los moribundos con suma suavidad. Ni así la luna resplandece entre las estrellas, como la madre entre los hijos, y cuando los guiaba para iluminar el martirio, resplandecía, y cuando abrazaba a los vencedores yacía en medio de sus hijos.

57. ¡Oh verdadera madre más fuerte que el diamante, más dulce que la miel, más fragante que la flor! ¡Oh vínculo indisoluble de piedad! ¡Oh verdadera caridad fuerte como la muerte, dura como el infierno el celo de la devoción y la fe! Ningún diluvio de tantas pasiones pudo excluir tu caridad, ningún río de tantas amarguras pudo inundarla. Así como el arca en aquel diluvio del mundo se llevaba inocua por los espacios de todo el orbe: así tú resististe inmóvil con piedad contra las olas de tan graves pasiones, y cuando podías elegir la salvación de tus hijos, no quisiste.

58. ¿Con qué afecto os seguiré, piadosos hijos de la santa madre? ¿Con qué pincel de mi discurso describiré la semejanza de vuestra forma y almas? Estuvisteis entre los ejércitos reales, a los que todo el orbe de la tierra fue sometido, a los que la India también, huyendo a los secretos del mar extremo, no evitó; y solos obtuvisteis la victoria sobre el rey soberbio sin conflicto bélico. Vencieron en vosotros solo las armas de la piedad: el tirano pagó las penas, tanto porque no pudo venceros, como porque fue destruido por una muerte atroz.